

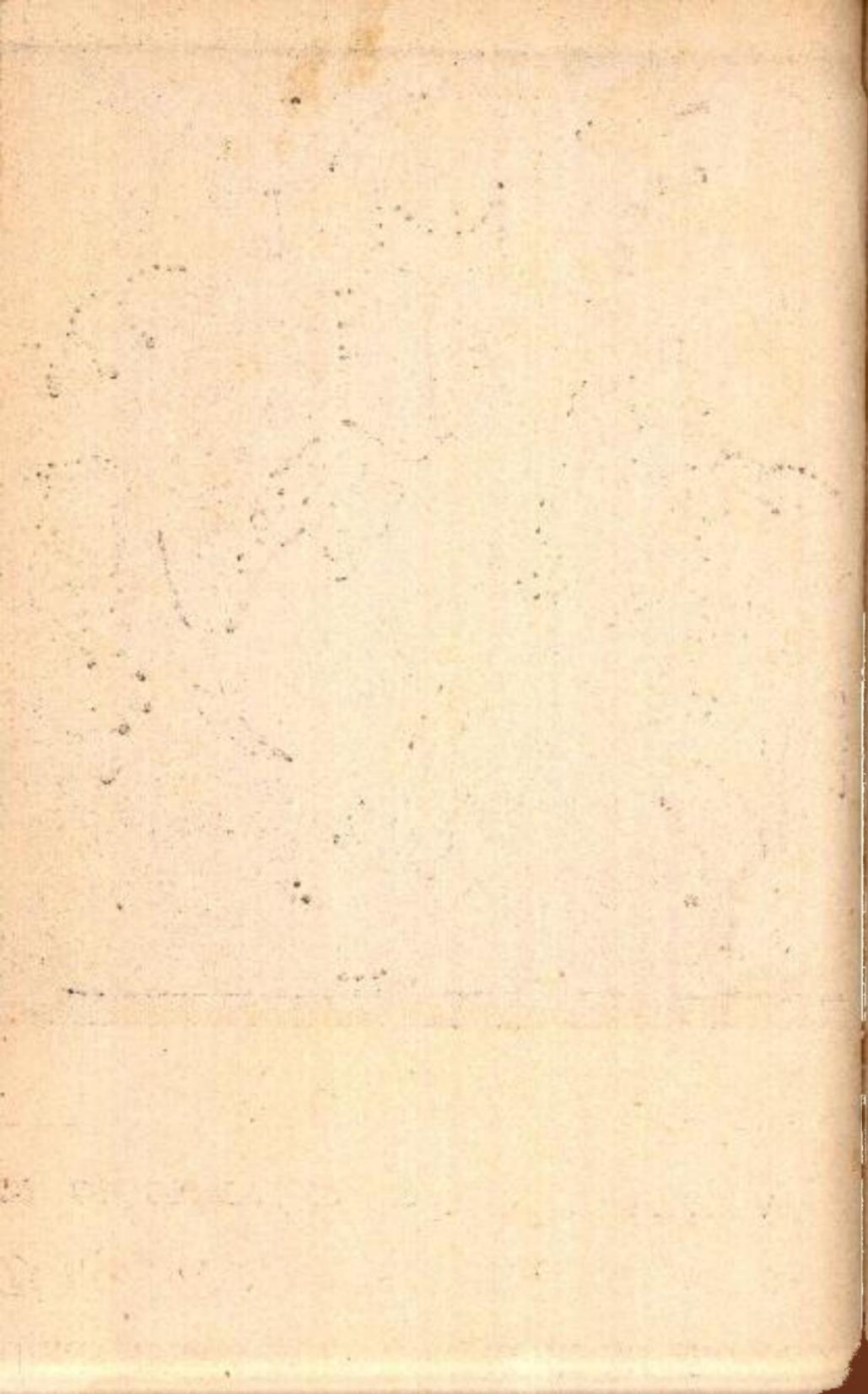


AMBIGVA Y CRVEL

NOVELA SIRIA ୯ ୯ ୯ ୯ ୯ ୯

୧ ୧ ୧ ୧ ୧ ୧ POR ISAAC MVÑOZ

SVCESORES DE HERNANDO, EDITORES. MADRID



1
AG
846

AMBIGUA Y CRUEL

OBRAS DE ISAAC MUÑOZ

PUBLICADAS

VIDA (novela), agotada.

VOLUPTUOSIDAD (novela), 3 pesetas.

LIBRO DE LAS VICTORIAS (*estudios*), 3 pesetas.

MORENA Y TRÁGICA (novela), 2 pesetas.

LA FIESTA DE LA SANGRE (novela mogrebina), 3 pesetas.

LOS OJOS DE ASTARTÉ (novela siria), 2 pesetas.

ALMA INFANZONA (novela), 3 pesetas.

LA AGONÍA DEL MOGREB (*estudios*), 3,50 pesetas.

POLÍTICA COLONISTA, 3 pesetas.

AMBIGUA Y CRUEL (novela), 3 pesetas.

EN PRENSA

IMPERIALISMO COLONISTA

18 cms

R-99288



ISAAC MUÑOZ

AMBIGUA Y CRUEL

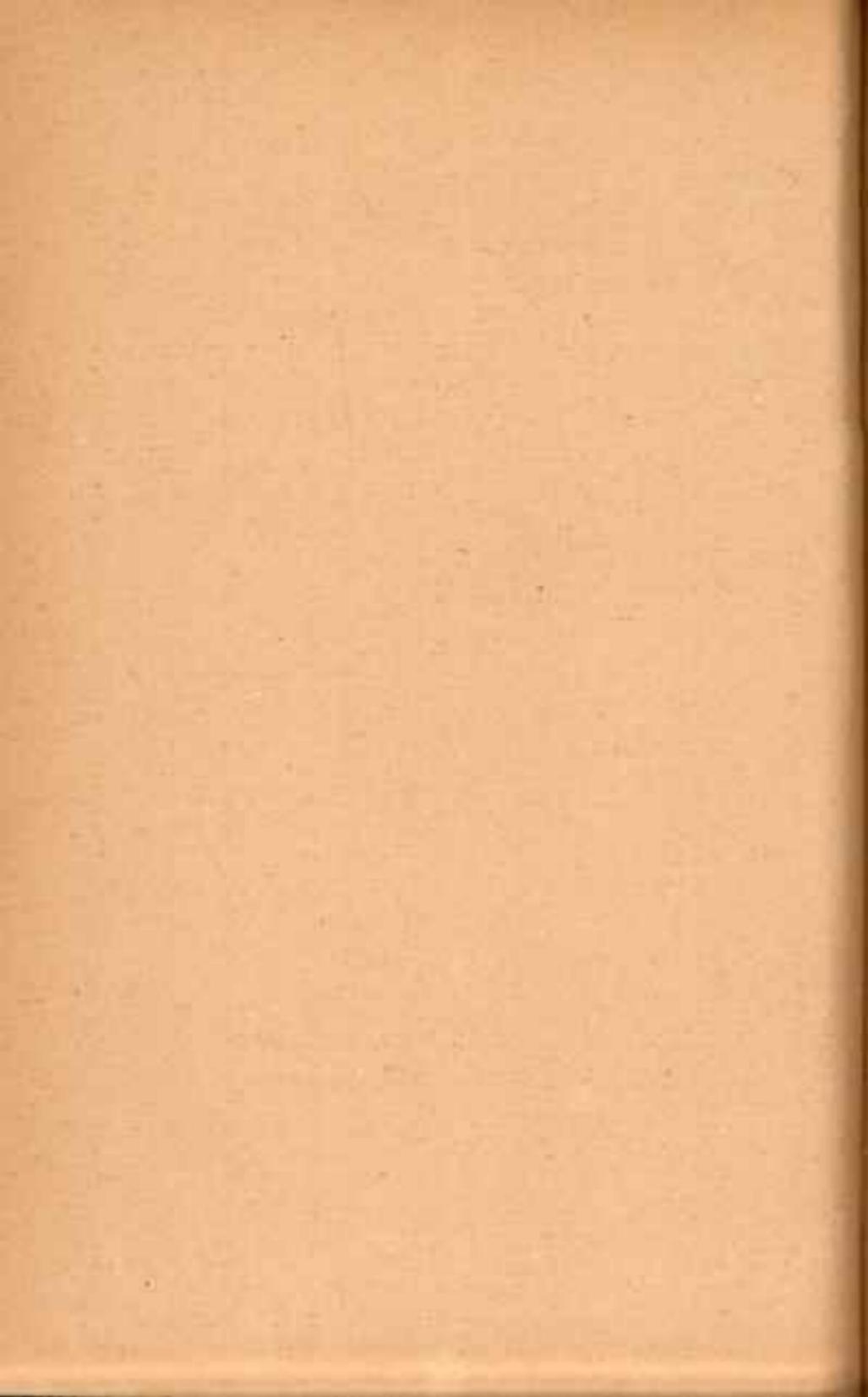
NOVELA SIRIA

..... MCMXII

MADRID. IMPRENTA HELÉNICA,
PASAJE DE LA ALHAMBRA, 3.

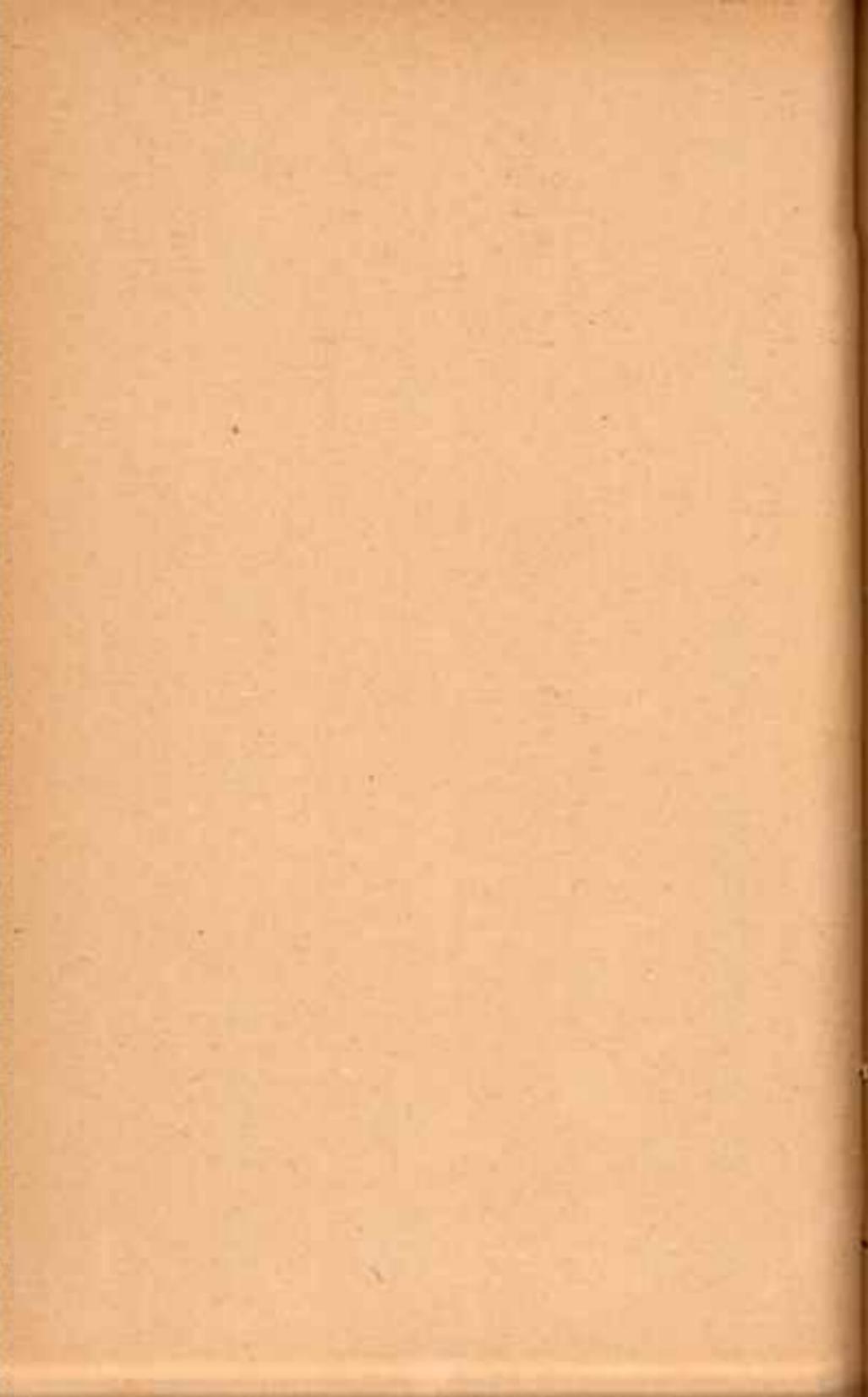
ES PROPIEDAD

DEDICATORIA



Al ilustre poeta don José J. Herrero,
con la admiración, la gratitud y el cari-
ño entrañable de

ISAAC MUÑOZ.



ISAAC MUÑOZ

.....

En *La fiesta de la sangre*, el estilo de Isaac Muñoz ha adquirido ya personalidad propia. *Morena y trágica* fué un libro definitivo, lleno de ardorosa pasión, de ardor de desierto africano, de lujuria, de lujuria calcinada... ¡Lujuria, lujuria...! Cuando se habla de esto, la gente timorata y pía se subleva, quizá porque el sistema nervioso se eriza. En realidad, lujuria, como dice Remy de Gourmont, «es un mote que se puede aplicar al funcionamiento de todos nuestros sentidos. Todo es lujuria. Lujuria es la variedad de alimentos y su cocción, su condimentación, el cultivo de las

especies alimenticias; lujuria son todos los halagos de nuestros ojos, lo decorativo, el adorno personal y la pintura; lujuria es la música; lujuria las obras maravillosas de la mano, tan maravillosas que podrían ser imitadas por una máquina, pero nunca igualadas; lujuria, los viajes rápidos y los amplios panoramas; lujuria, todo el arte, toda la ciencia, toda la civilización; lujuria también la diversidad de gestos humanos, porque los animales, en su virtuosa sobriedad, suelen tener un gesto para cada sentido y lo repiten siempre; si el gesto cambia su variación es lenta é imperceptible. El animal ignora la diversidad, la acumulación de aptitudes; sólo el hombre es lujurioso» (1).

Lujuria es, pues, distintivo de la raza humana, timbre del *homo sapiens*. Anatematizar una obra por lujuriosa, es maldecir de nuestra idiosincrasia, renegar de nuestra condición. Precisamente somos muy sexuales porque somos muy intelectuales. «Siendo la inteligencia el fruto maduro de la sensibilidad general — dice el citado Remy de Gourmont — sucede frecuentemente que se relaciona en cierto modo con la sensibilidad sexual. Indi-

(1) *Física del amor*, XX, págs. 243 y 244.

ferencia sexual absoluta podría ser sinónimo de estupidez.»

Morena y trágica es un libro ardiente como un arenal de la Arabia, por el cual circula, como un devastador *simoun*, el soplo de la pasión amorosa. Como oposición á este libro sexual y voluptuoso, nos ofrece su autor *El Libro de las victorias*, lleno de una sabia filosofía oriental, filosofía de una civilización semita que ha desaparecido, pero que sigue marcando su huella en nuestra civilización aria. Isaac Muñoz es el caso de un semita encarnado en un ario. Parece un hombre que viene de la Arabia y que ha visto Paris. Conoce el encanto de esas civilizaciones dormidas, que guardan incólume su secreto de sabiduría. *El Libro de las victorias* parece el dialogo de un brahman indio con un filósofo platónico.

La fiesta de la sangre tiene páginas tan bellas como la mejor novela orientalista publicada en el extranjero. Algo flúido y sutil, un perfume oriental, flota en ella. Hay aciertos notables de adjetivación y de imagen. Por donde quiera que se abra el libro, se advierte la exactitud del epíteto, la buena colocación del adjetivo. Isaac Muñoz sabe bien que no hay más que *un modo de expresión*,

una manera justa de decir cada cosa. Y procura obtenerla. Casi siempre lo consigue. Su estilo de párrafos cortos, más que cortos, *cortados*, es de una vivacidad penetrante como la de un acero. Se puede definir especialmente como un estilo ágil.

En cualquier página del libro se pueden anotar tres ó cuatro hallazgos de adjetivos exactos y á la vez luminosos. Nada de faramalla retórica; la simple y escueta *connotación* de las cosas, pero una connotación artística. Hemos encontrado un estilista que, sin dejar de ser claro, tiene todas las cualidades de la proporcionalidad, energía y colorido que constituyen el alma de un gran escritor.

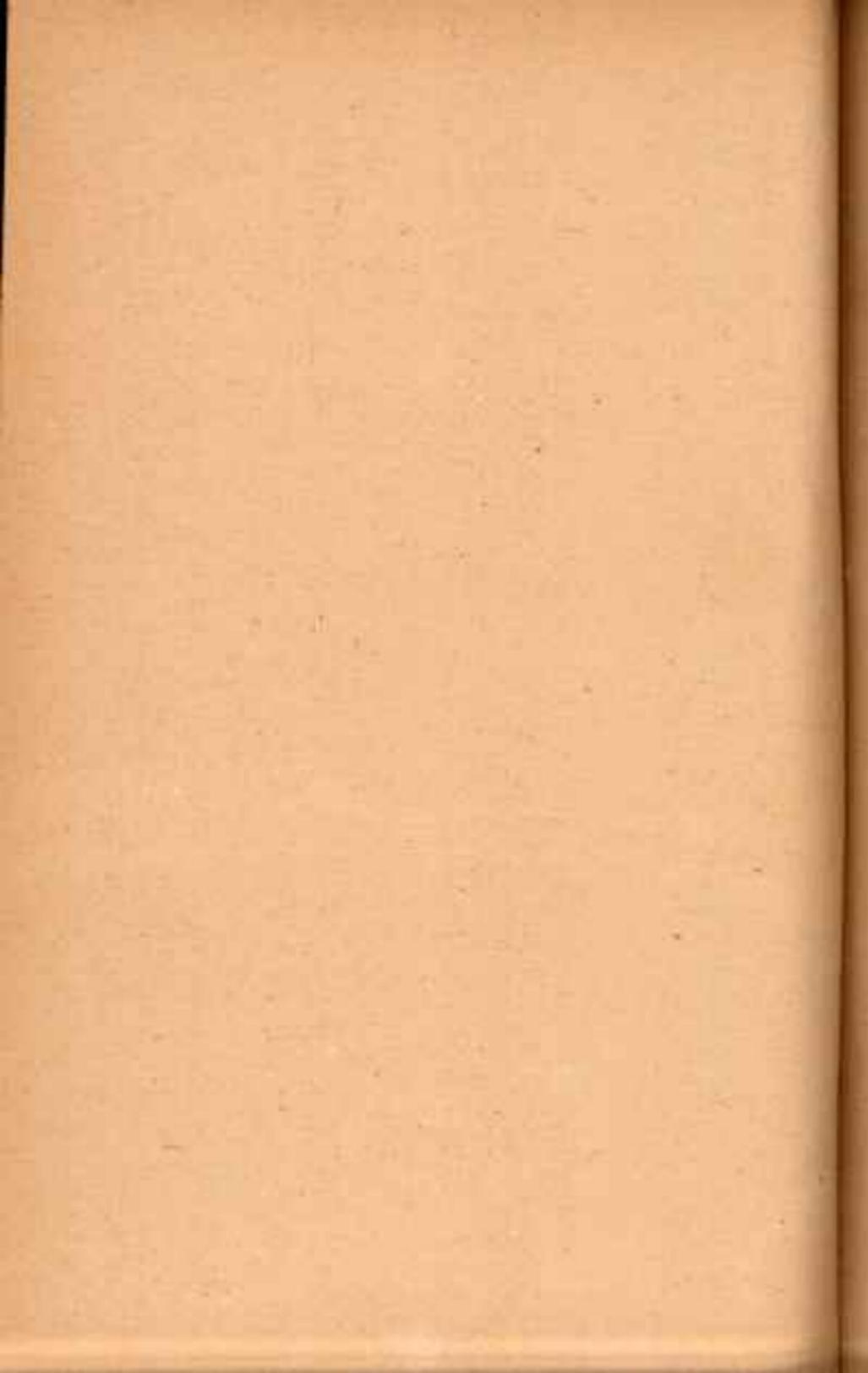
No hay en el estilo de Isaac Muñoz flojedad ni decaimiento. Nada tampoco de esa ligereza, de esa gracia baladí que es la característica de muchos escritores actuales. No entiende él que la lindura pueda ser belleza, ni habrá creído que la gracia sea belleza, ni siquiera *la pequeña belleza* de que hablan algunos tratadistas de Estética. *Le joli ou le charmant c'est la petite beaute* ha dicho Levêque (*La Science du beau*, primera parte, capítulo VII).

El estilo de Isaac Muñoz es siempre sobrio y enérgico. Sobrio como el organismo de los hom-

bres de la tierra que describe; enérgico como la raza, creadora de energías. Un estilo acerado y duro como una lanza de puñal. Un estilo vibrante y poderoso. Un estilo que tiene reminiscencias de profetas hebreos y florecimientos de poetas árabes.

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO

(Del libro *Elogio de la Crítica*).



CAPÍTULO PRIMERO

LA SANTA JERUSALÉN



Terminada la fiesta pascual del *Hanujak*, salí de la sinagoga, clara como una mañana de Mayo, y ornada de ligeros arcos armoniosos.

Por la calle, llena de sol y perfumada áspera y dulcemente de hierbas del desierto, pasaban jóvenes hebreas de pupilas calenturientas, con los vestidos fulgurantes de oro, veladas doncellas árabes blancas y enigmáticas, con las morenas manos descubiertas y las uñas tigresas pintadas de rojo *henné*.

Sonaban aguda y metálicamente los timbales de cobre de los aguadores, y su rumor era como el coro de los salmos cantados en la sinagoga.

En ráfagas abrasadas, venían ardientes y penetrantes, amargos aromas de mirra y olores acres de penitentes febriles y de mujeres de harém.

Con el espíritu lleno de sol, de oraciones lentas y clamorosas, de pupilas iluminadas y trágicas,

de manos como llamas elevadas al cielo, anduve por las calles blancas y moradas, en una confusa inconsciencia y como hechizado por un oscuro sortilegio.

Palomas blancas semejantes á pensamientos suaves, cruzaban el aire flúido y matinal.

Llegué á una colina desnuda y árida, con la desolación de un viejo cráneo calcinado, y un desgarrador perfume de romeros, me hirió profundamente como una caricia violenta.

Bajo el sol, implacable como la pupila de Jehová, un árabe dormía envuelto en su capa negra.

Y el aire traía misterios muy remotos, tristezas indefinibles, eternos sueños hechos de divinidad de nada y de imposible.

Ante mí, surgía centelleante, dorada por la mañana, maldita y fascinada, la Jerusalén eterna cerrada como un sepulcro y luminosa como un tabernáculo.

A mis ojos siempre ávidos, la tierra de Canaan se ofrecía infinita, milenariamente recogida é inmóvil en la espera del Dios.

Y lejos, una curva titánica de montañas avanzaba con la trágica ceguedad inmutable de una tempestad.

En alto el espíritu y lleno de fervor de vida, yo contemplaba aquella tierra estragada y horrible, insaciable y cruel engendradora de dioses.

Y como un nuevo ritmo vital, un pensamiento arcangélico de creación y de inmortalidad, exaltó mi alma con ímpetus sagrados.

Toda la ciudad de misterio y de silencio, estaba envuelta en un quimérico resplandor de ilusión.

En torno de las líneas parecía flotar un halo de oro, y había una pompa magnífica en el aire denso, caliente y esmaltado de luz.

¡Jerusalén, Jerusalén, ciudad del éxtasis, de la maldición y de la muerte!

Del hosco valle de Cedrón, ascendían como negros arcángeles del odio, largas sombras temblorosas y trágicas.

La ciudad maldita irradiaba luz, como si en su vientre monstruoso se escondiera el sol que iluminó á la Asiria, á la Fenicia, á la fabulosa Babilonia.

Todos los velos del Islam se desgarraban, para que surgiese gloriosa y enigmática la ciudad de los dioses.

Y las formas encendidas, acerbamente vitalizadas, parecían tener un alma y una perturbadora apariencia carnal.

Ante mí, la montaña de Efraim, adusta y del color caliente y áspero de una piel de león, se alzaba curva como la media luna del Profeta.

Lejos, el blanco y agudo monte Nebo, se perfilaba horrible y polvoriento semejante al busto de un leproso.

Como el escudo de bronce de un gigante, el lago Asphaltites brillaba inmóvil y metálico, bajo los cielos de alucinación.

Y á manera de un sueño de lejanía y de silencio, las moradas montañas del Moab se desvanecían en la Arabia impenetrable, extenuada de luz y de misterio.

Lleno el espíritu de recuerdos vivos de la tragedia cristiana, yo penetraba bajo la luz huraña, entre los montes cenicientos, en el alma de aquellos parajes hoscos y desconsolados, para miserables penitencias y horribles expiaciones.

El monte de Hakeldama semejava un pecho núbil.

Petrificados en eternidad, aparecían la tierra de la Sangre, mercada con los dineros de Judas, el monte de los Olivos, sombrío, gris de acero y lleno de rumores, la montaña del Escándalo, poblada de fronda, de misterioso encanto, y en la

que el rey de los reyes Salomón, ofrendó las palomas y los tiernos cervatillos á la helena Afrodita de las blancas tetas, de la mirada azul y del fulgurante espejo de cobre.

Aquel paisaje áspero, huraño y perfumado, angustiaba el corazón.

Desde todas las montañas parecía venir la muerte.

Las blancas piedras del valle, semejaban cráneos seculares, rotas osamentas calcinadas por el sol.

Cementerios judaicos, desolados y llenos de túmulos de piedra agrupados en círculo como ante una revelación de Adonai, cementerios cristianos de un melancólico encanto gótico de las Cruzadas, cementerios turcos ornados de cipreses, de palomas y de rosales en flor.

La muerte eterna, sobre la ciudad eterna.

Ni una zona de sombra atractiva y temblorosa, ofrecía su húmeda fascinación.

Sol, éxtasis, silencio, extenuación y muerte.

Ni una flor sangraba sobre la tierra.

Ni un verdor claro de hierbas, refrescaba la angustia sedienta del paisaje.

Siempre la muerte bajo el sol.

Se sentía lo infinito, y el espíritu extraviado percibía la inmortalidad.

Era una ambigua sensación de horror, de misterio, y de ansia febril y dura de exaltación.

Coronada por el cielo cruel, la Jerusalén de todos los pecados y de todos los arrepentimientos, se erguía sobre los desiertos, jamás destruída é incesantemente destructora.

Jerusalén, la ciudad amada y maldecida, me atraía con una divina fascinación irremediable.

Me atraía por su alma de miseria y de fausto, por su heroísmo y por su podredumbre, por su tristeza y por su eternidad.

Ella era como la vida, feroz, miserable, magnífica, insaciable é inmutable.

Aquella ciudad estaba hecha con sangre de dioses, y su pensamiento era la más alta cumbre de dominación y de orgullo.

Allí había sido engendrado Javeh, y de allí había partido aquella voz dulce de miseria, de fatalidad y de amor que había transformado á los hombres en enamorados del martirio, y que hizo huir por los claros cielos de primavera á los jóvenes dioses alegres de formas armoniosas.

El corazón de Jerusalén palpitaba con el corazón de la humanidad.

Bajo la muerte, se adivinaba á la ciudad llena de un aliento divino, siempre propensa á crear dioses en las entrañas, siempre propicia y augusta á dictar la ley desde sus cumbres.

Jerusalén no morirá nunca, renacerá de sí misma, y con su sol, con su austeridad y con su silencio, engendrará siempre á los profetas, á los hombres que han de vivir más cerca de los dioses.

Con el espíritu encendido como por una calentura, anduve.

Niños adornados con bárbaros amuletos resonantes, pedían limosna, y en sus largos ojos, de un negro de alucinación, había expresiones feroces, extenuadas y ardientes, que obsesionaban.

Mujeres árabes de noble traza, ofrecían agua en sus altas y graciosas ánforas rojas.

Unas damas turcas, veladas de negro, paseaban lentamente, y bajo los *tcharcharf*, sonreían llenos de dulce melancolía ojos suaves envueltos en sombras azules.

Pasaban peregrinos de ojos delirantes, de rostros de color de tierra y barbas polvorientas, agitando fanáticos los rosarios de cedro.

El olor de la ciudad, un olor á cadáveres y á sexos, á flores y á putrefacción, me fascinaba y me angustiaba.

Junto á mí, blancos cementerios me ofrecían la divina tentación de la muerte, y negros cuervos de alas pesadas, pasaban ante mis ojos como presagios.

Unos viejos camellos, con los ojos cargados de lejanía y de infinito, descansaban bajo la sombra breve de los olivos.

Y el aire era de fiebre, de sed, de cansancio sin término.

A medida que me acercaba, la ciudad aparecía más alta, más luminosa, más enigmática.

Los alminares árabes, se alzaban hacia el cielo como lanzas gloriosas, y las cúpulas osmanlíes, curvaban sobre el azul su amplia gracia bizantina.

Sonaban zequíes sobre pechos morenos, velos blancos de doncellas se agitaban en el aire con ondulante suavidad de alas.

Y una rara alegría desbordaba en mi corazón como agua en ánfora rebosante.

Jerusalén, la cerrada ciudad de hechizos, la muerta y eternamente resucitada, sería mía.

Mi alma se alzaba toda luz y toda gloria y la

voz del Profeta resonaba en mi espíritu como un viento de tempestad.

«Levántate, resplandece; ha venido tu lumbre y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti.

»Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra y oscuridad los pueblos; mas sobre ti nacerá Jehová y sobre ti será vista su gloria.

»Y andarán las gentes á su luz, y los reyes al resplandor de su nacimiento.

»Alza tus ojos en derredor y mira; todos estos se han juntado y vinieron á ti; tus hijos vendrán de lejos y tus hijas sobre el lado serán criadas.

»Entonces verás y resplandecerás, y maravillará y ensanchará tu corazón; á ti te habrán vuelto la multitud de la mar y la fortaleza de las gentes habrá venido á ti.

»Multitud de camellos te cubrirá, dromedarios de Madian y de Epha; vendrán todos los de Seba; traerán oro é incienso, y publicarán alabanzas de Jehová.

»Todo el ganado de Cedar será juntado para ti; carneros de Nebayah te serán servidos; serán ofrecidos con agrado sobre mi altar, y glorificaré la casa de mi gloria.

»¿Quiénes son estos que vuelan como nubes y como palomas á sus ventanas?

»Ciertamente me esperan las islas y las naves de Tarsis, para traer tus hijos de lejos, su oro y su plata, al nombre de Jehová tu dios y al santo de Israel que te ha glorificado.

»Y los hijos de los extranjeros edificarán tus muros y sus reyes te servirán, porque en mi herida te herí, mas en mi buena voluntad tendré de ti misericordia.

»Tus puertas estarán abiertas de continuo; no se cerrarán ni de día ni de noche, para que vengan á ti fortaleza de gentes y reyes conducidos.

»Porque las gentes ó los reinos que no te sirvan, perecerán y del todo serán asolados.

»La gloria del Líbano vendrá á ti, hayas, pinos y boj, para decorar el lugar de mi santuario.

»Y vendrán á ti humillados los hijos de los que te afligieron, y á tus pies se encorvarán los que te escarnecieron, y te llamarán ciudad de Jehová, Sión del santo Israel.»

Pasé junto al sepulcro de Myriam, la madre del mancebo moreno de las parábolas y de los amores.

Blancos leprosos, tendidos sobre la tierra acerba, quemaban sus pústulas y sus llagas bajo el sol.

El aire era un horrible olor de podredumbre.

Las altas palmeras de Cedrón, ofrecían lejanas su clara atracción consoladora.

Casi enterrada, una rota columna acariciada por los siglos, relucía con la fluidez del ónice.

La profunda intensidad de mi vida, bajo el sol mago, me extenuaba.

Como espejismos á lo largo de la tierra maldita y desolada, yo adivinaba extrañas y violentas significaciones en mi espíritu que parecía creado de nuevo.

Toda la ciudad, con sus sinagogas hebreas, con sus *kubbas* árabes, con sus mezquitas turcas, con sus iglesias bizantinas y con sus templos romanos, correspondía en una armonía preclara y perfecta, con la luz inaudita y con el cielo igual y eterno.

Una embriaguez lúcida y heroica me animaba ágilmente, y una energía voraz y dura centuplicaba mis potencias.

El aire ardoroso y palpitante, latía como un pulso viril y eterno, como el ritmo mismo de su vida.

En una fluidez morada, se desvanecían lejanas las tierras del desierto, aquellas tierras maravillosas de las que un día partieron los fenicios á co-

merciar con las mujeres morenas, con el incienso y con la púrpura.

El sol, la tierra, la fascinación de la ciudad, suscitaban en mí un deseo implacable.

Se me ofrecía el ensueño, vivo, tembloroso, á punto de devorarme en el éxtasis, y huía para no dejarme sino la angustia de lo que nunca volverá.

A mi ansia insaciable, ninguna presa más rica podía ofrecerme la vida.

Aquella mañana de alucinación y de violencia, el vértigo de mi alma fué tan profundo como un combate heroico.

Cumpliríase mi deseo más tiránico; exaltar soberbiamente, por encima de todas las angustias, mi vida ferviente y llameante, para morir desgarrado, devorado, en un silencio divino.

Nubes rojas caían sobre la ciudad como sangre de dioses. ¡Tierra de los destinos y de las quimeras!

De entre aquellos muros ensombrecidos por las lágrimas de Israel, surgió la más alta voz de imperio, y la más alta voz de renuncia, de amor y de muerte.

Ante el fantasma que me hablaba de lo que fa-

talmente había de llegar, mi plenitud se encendía como una llama.

Amaba á la ciudad sobre todas las cosas, con un amor absoluto en el que relampagueaba no sé qué misterio y qué horrible inquietud.

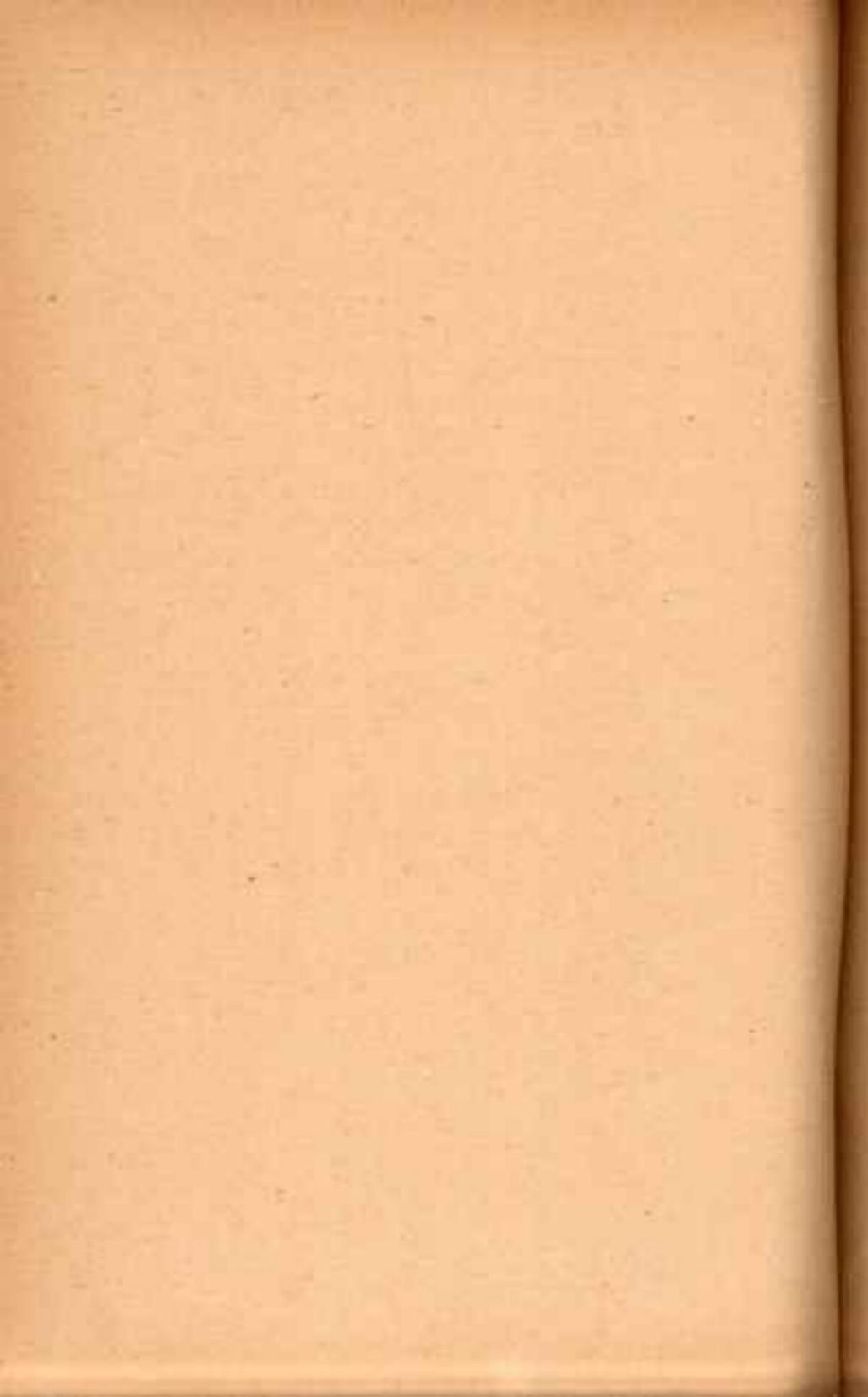
Parecíame como una virgen fascinadora, que me esperara con los brazos abiertos, y en cuya boca hecha con todas las gracias de la vida, yo hubiera de encontrar la desgarrante putrefacción y la frialdad alucinadora de la muerte.

Sonaban campanas en el aire recogido.

Por una calle blanca y triste, pasó el entierro de un hebreo.

Trágicos cantos de desesperación.

Y los salmos funerales, resonaron en mi alma con lenta fatalidad de augurios.



CAPÍTULO II
RUTH, LA HEBREA



Mi ajimez, semejante á una pupila dorada, estaba abierto á la clara vida plena, á toda la maga gracia del sol.

Jerusalén, la maldita, la hechicera y la enigmática, se extendía ante mí, inmóvil, absorta, metálica y cegadoramente blanca.

Contemplando el lejano paisaje de un sobrio encanto armónico de suavidad y de olvido, mi alma se poblaba de recuerdos dispersos, fulgurantes como rubíes en el manto de una reina fabulosa, de imágenes fascinadoras entrevistas bajo el llamear de los cirios en las noches rituales.

Santas coptas de un negro denso y misterioso de basalto, adoradas por magos que aún recitan sus oraciones en la lengua sacerdotal de Tebas.

Iconos eslavos, ambiguos y bellos, sobre fondos de oro, de una apariencia mórbidamente sensual y pomposamente fastuosa.

Nocturnas y alucinantes liturgias monacales, recordadoras de aquellas fiestas sangrientas ante la estatua de Baal, en que los apolíneos *Kedeschim*, delirantes de lujuria monstruosa, se acuchillaban ferozmente entre las sombras.

Cristos griegos, con la turbadora y penetrante belleza adolescente de Narciso, y con la sutil sabiduría de serpiente de Hermes proteiforme.

Sacerdotes armenios, esbeltos, dulces y andróginos, de largas cabelleras oleosas y de recamadas túnicas bizantinas.

Sobre todos aquellos cultos de una complicada suntuosidad pagana y oriental, el alma devastadora de Israel, pasaba como una ancha nube violenta, oscura y eterna.

Yo estaba iniciado por doctos rabinos de sabiduría milenaria, en todos los ritos caraitas y talmúdicos, conocía la extraña ciencia de adivinaciones de la Kábala, y el espíritu de Jehová me animaba como la sagrada substancia de mi vida.

Todo lleno de sol, extraviado el espíritu y perdido el pensamiento por los jardines venenoso de la quimera, recordé con cruda violencia, y toda vía ensangrentado, abierta mi herida como una boca insaciable, aquella mañana gentil y amorosa

torné á vivir aquel momento divino perfumado de amor, de sangre y de dolor.

¡Ruth, y su cabellera densa, cálida como carne y vibrante como un ala!

Ella abandonó á su madre Rachel y á su padre Abraham Leví, el mercader de collares de ópalos y de ámbar, y envuelta en una túnica blanca como las vírgenes de la Biblia, me siguió siempre silenciosa, con sus ojos tristes y con sus labios desvanecidos como en un beso.

Huímos á las tierras de Galil.

Los pastores idumeos perfumados de hierbas olorosas, y con los negros cabellos mojados por el agua de la noche, nos traían la leche de los ovejas en anchos cuencos de madera del Líbano.

Durante el día, caminábamos por las tierras sagradas, cálidas y extenuadas.

Al paso lento de nuestras cabalgaduras, contemplábamos como ensueños misteriosos las montañas de Judá.

El árabe que nos guiaba, cantaba lenta y desgarradoramente cantos antiguos, canciones de tristeza del Mareb, que quizá escuchó en sus horas de amor y de melancolía, la enigmática reina de Saba.

Las sombras de los olivos centenarios, tenían inquietantes temblores de cosas vivas.

Lagartos de un adusto color de herrumbre, se deslizaban bajo el sol con flexible suavidad serpentina.

Y el aire caliente, febril de vida, traía como la promesa de una revelación.

Ruth y yo caminábamos muy juntos.

Y mi aliento junto á su cara, palpitaba con la ligera excitación de un beso.

Ruth tenía la belleza cándida, suave y dolorosa de una virgen que va á ser sacrificada.

Sus ojos eran claros é impenetrables, ojos que amaban el silencio de las sinagogas desnudas y oscuras, y los largos éxtasis, y las horas angélicas de resignación.

Su perfume era dulce y casto como el olor de la mañana, y toda ella daba la imagen de una fruta demasiado tierna y frescamente ácida.

Yo la vi un crepúsculo de Nizam junto al Bab-Efraim, en tarde de sábado y cuando tornaban las caravanas de Damasco.

Llevaba tendidas sus trenzas virginales, y caminaba con la ágil gracia de una criatura á la que sólo ha poseído el sol.

Ella llenó mi alma de alegría y de davídicos sonnes nupciales.

Tenía una gracia interior que la animaba como una música profunda.

Y la divina flor de juventud renació otra vez en mi alma, con sus hojas de color de sangre y su perfume de amor y de muerte.

Un sábado, en las altas galerías de la sinagoga, mientras el rabino comentaba el Misnah, yo acaricié su mano semejante á un ave blanca, en tanto que ella besaba la Thorah envuelta en antiguo damasco verde.

Todo está dicho á veces entre dos almas, y sin embargo la palabra no ha roto el divino silencio.

En aquella hechizada tarde remota, la sombra que penetraba poco á poco obscureció igualmente nuestros rostros, y pareció unir del mismo modo á nuestras almas.

Y ella me amó, y ella abandonó á sus padres, y ella cerró su espíritu á la ley de Israel.

En sus ojos había como una esperanza misteriosa, y como el resplandor de otra vida.

Y en su sonrisa encontraba yo, no sé qué recuerdo casi olvidado y muy querido.

Mi vida no tiene sino zonas de luz violenta ó de

sombra profunda, y el amor de aquella criatura fué para mi alma como un crepúsculo suave de luz velada y recogida.

¡Gracia inefable de la primavera, y de un alma de mujer dulce y meditativa.

La tristeza de Judea, era como *la tristeza de mi* espíritu angustiosamente ávido de eternidad.

Las formas tenían en la luz una cruda violencia.

A veces, el paisaje era implacable como el acento de Jehová; otras era duro, cerrado y hosco como el alma de un beduino; á instantes tenía una inocencia tan primitiva, que el espíritu parecía renacer ingenuo como agua en el corazón de una montaña.

Todo en la tierra era energía, energía latente é inextinguible.

Algún instante descansábamos bajo la sombra temblorosa de un olivo, y Ruth, con su gesto pensativo y suplicante, se apoyaba en mi hombro, y me ofrecía sus labios como si me sacrificara toda su vida.

Se estremecían las hojas sobre nuestras cabezas unidas, y sonaban con acentos misteriosos.

En el silencio extenuado de sol, se oía la músi-

ca de una fuente entre laureles y ciclámenes.

Y aquella voz del agua era consoladora, porque tenía algo de eternidad.

El grito de algún pastor resonaba á lo largo de los valles, profundo y augural.

En aquellos descansos, bajo el aroma de la primavera, toda mi vida tendía á desvanecerse.

Mi alma gustaba todo el encanto penetrante de la tristeza voluptuosa.

Y mi espíritu, denso de pensamientos y de inquietudes, se calmaba como bajo la caricia de una mano llena de cálida animación.

Yo amaba á la hebrea, á la criatura de Israel, porque ella era amarga y ligera como la vida.

El Jehová obscuro, cruel y vengativo, el que arrasa las tierras como un viento de fuego, el que hace expiar las faltas de los hombres á los hijos de la cuarta generación, se presentía en el aire, en la sombra que irradiaba luz, en los montes curvados como austeras frentes meditativas, en la sangre que llameaba feroz bajo la piel árida.

El paisaje parecía creado para las almas que lo han amado todo, para los dolores resignados, para las desesperaciones silenciosas.

Ruth, bajo la eficacia de la evocación, se sentía

más distante, más quimérica, y en sus pupilas suplicadoras de criatura inmolada, temblaba el horror á la santa venganza de Israel.

El hebreo en sus labios, era puro como en los labios de Esther, la del blanco cuerpo macerado con óleo de mirra.

Yo la escuchaba como perdido en un sueño bíblico, y sus ingenuas palabras primitivas tenían para mí un arcaico candor de versículos.

A la hora de las oraciones de Oriente, nos deteníamos, junto á la tienda de los pastores.

Un silencio suavísimo pasaba sobre las cosas, silencio de paz sagrada y de eternidad.

Yo recordaba entonces como algo muy inverosímil, y muy lejano, aquellos cantos triunfales y aquellos huracanes de alegría de mi juventud.

Me sentía triste, con una tristeza hecha de transparencia y bondad, y toda mi vida se tendía como una mano hacia aquella criatura bella, ligera y fugitiva.

Como un velo, sobre nosotros se extendía una paz bíblica.

El acento grave y patriarcal que animó el alma de los profetas, fluía en nuestros espíritus sedientos.

El amor nos iluminaba, y nuestros pensamientos eran buenos como bendiciones de Dios.

Un día penetramos en los campos floridos de Nazaret.

El paisaje, acabado de florecer, estaba lleno de una dulce ternura.

La luz era como un suave velo de sueño.

Nazarenas, de ojos profundos, vestidas de blanco lino, tornaban á sus hogares, cantando lentas canciones lares.

Niños de pupilas llameantes, como debieron ser las del Cristo, nos miraban inmóviles.

Blancos corderos pascuales, sonoros de esquilas y perfumados con todo el olor de los campos, pasaban conducidos por niñas pálidas y gentiles, de anchas trenzas y frentes curvadas.

La hora era de gracia, de melodía y de paz.

En Ruth, la criatura extenuada, devorada, consumida por la fanática fiebre implacable de Jerusalén, revivía bajo la fascinación del paisaje, la pura mujer de la Biblia, la que hace los panes en el hogar, la que teje la lana de las ovejas, la que enciende en las tinieblas la lámpara de cobre, larga como una ansiedad.

Ella sonreía á todo en la divina dicha de inconsciencia.

Y su gracia daba una sensación de agua viva, de luz rica y ligera.

Huían sus pensamientos como el humo de los sacrificios, y sus labios se henchían como una fruta demasiado madura.

Lo amaba todo en una beatitud fresca y profunda.

Amaba el cielo transparente, las colinas áridas y silenciosas, los rumorosos huertos en flor, los pensativos niños lívidos, el éxtasis de la tierra, la melodía de las aguas y de los telares, el sonar de los molinos, los olivos centenarios, bajo cuya sombra Cristo dialogó con Dios.

Acampamos junto á una huerta poblada de naranjos y de pájaros.

Nuestra blanca tienda se irguió sobre las altas hierbas, y nuestros criados, dos viejos árabes del desierto, prepararon el té de Oriente que huele á ámbar.

Bajo el hechizo exaltado de la tarde, despertaba en mi espíritu aquella angustia en la cual se agitaba como una serpiente la última crispación de mi juventud.

Y mis ansias se hacían infinitas, porque se repetían infinitamente como la Naturaleza.

Una vida que no se da toda al amor, es una vida ciega y estéril.

Y yo quería amar, quería llevar una frescura matinal, una alegría de agua clara, á la úlcera viva de mi alma.

Me inquietaba el tormento sutil de prolongar entre velos de oro el ensueño divino, y me preguntaba con miedos inferiores si yo no era más que una idea condenada á morir en el alma de la Naturaleza.

Parecíame que mi alma había recorrido todos los siglos, dejándome una eterna fatiga, una eterna esperanza.

Y el pensamiento, el obscuro arcángel me interrogaba.

¿Será el amor una verdad eterna, ó la miserable apariencia de una verdad?

Una mujer morena, llenos los desnudos brazos de bárbaras pulseras de plata, nos trajo á su hijo, un pobre niño, horrible como un despojo, para que con nuestras manos milagrosas sanáramos sus lacerias.

Y la mujer de ojos iluminados nos tendía los

brazos, y nos suplicaba con un gesto de fe desgarrador y angustioso.

Cuando la mujer se alejó en la noche naciente, con un plañir monótono y con un metálico son de amuletos y de ajorcas, Ruth, dulcemente triste, unió su cara á la mía, y toda ella se adhirió á mí como una niña que tiene miedo en las tinieblas.

En la última luz del crepúsculo se desvanecían las formas, dejándonos la inquietud de lo que no veremos nunca más.

La noche, todavía temblorosa y claramente azul, daba á nuestras almas una unción religiosa y estática.

Del cercano poblado venían rumores de voces, rotas melodías lentas de mujeres durmiendo á sus hijos, murmullos opacos, quizá de besos, quizá de sollozos...

Por los montes comenzaron á encenderse luces rojas y parpadeantes.

Envueltos en sus mantos, dormían sobre la tierra fragante, nuestros árabes de barbas blancas.

Ráfagas calientes como contornos de mujer, estremecían nuestros rostros.

Ruth encendió la gentil lámpara semejante á una

paloma, y la luz arrancó á sus cabellos, violentos reflejos de sangre y de cobre.

Nuestro lecho de pieles olía á nardos de Galil y á fieras vivas.

Ruth se despojó de su túnica, y se ofreció dorada y perfecta.

Se irguieron sus tetas jóvenes como dos palomas con el pico ensangrentado.

Brilló su vientre, ágil y pálido, de un ardiente color de ámbar.

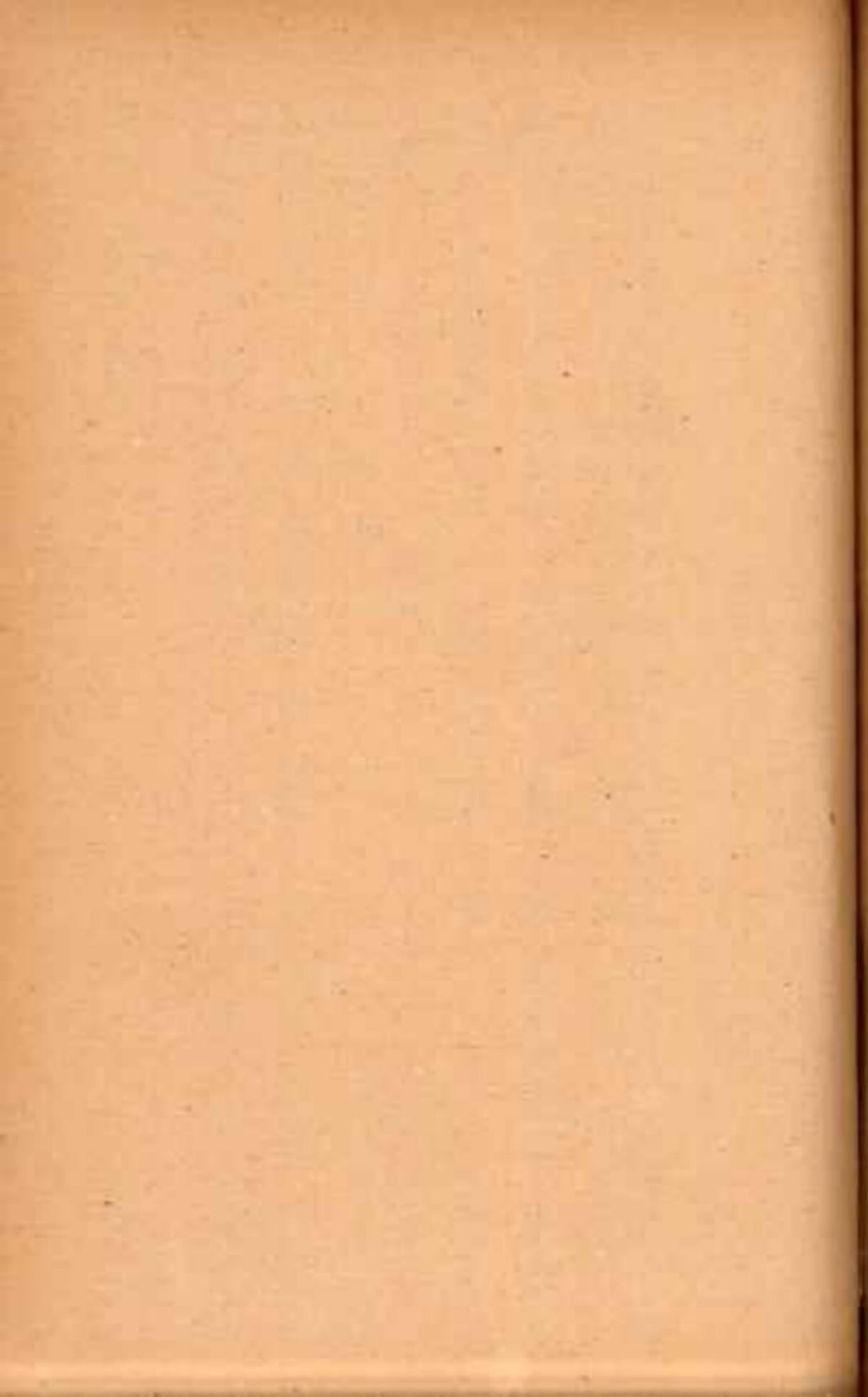
Se inclinó hacia mí, y sobre mi cara cayeron sus cabellos cargados de sombra y de aroma como un jardín en la noche.

La expresión de su cara era desgarradora y dulcísima, llena de extenuación y de felicidad.

Dábase toda, aquella ligera criatura predestinada á todas las pasiones y á todas las desgracias.

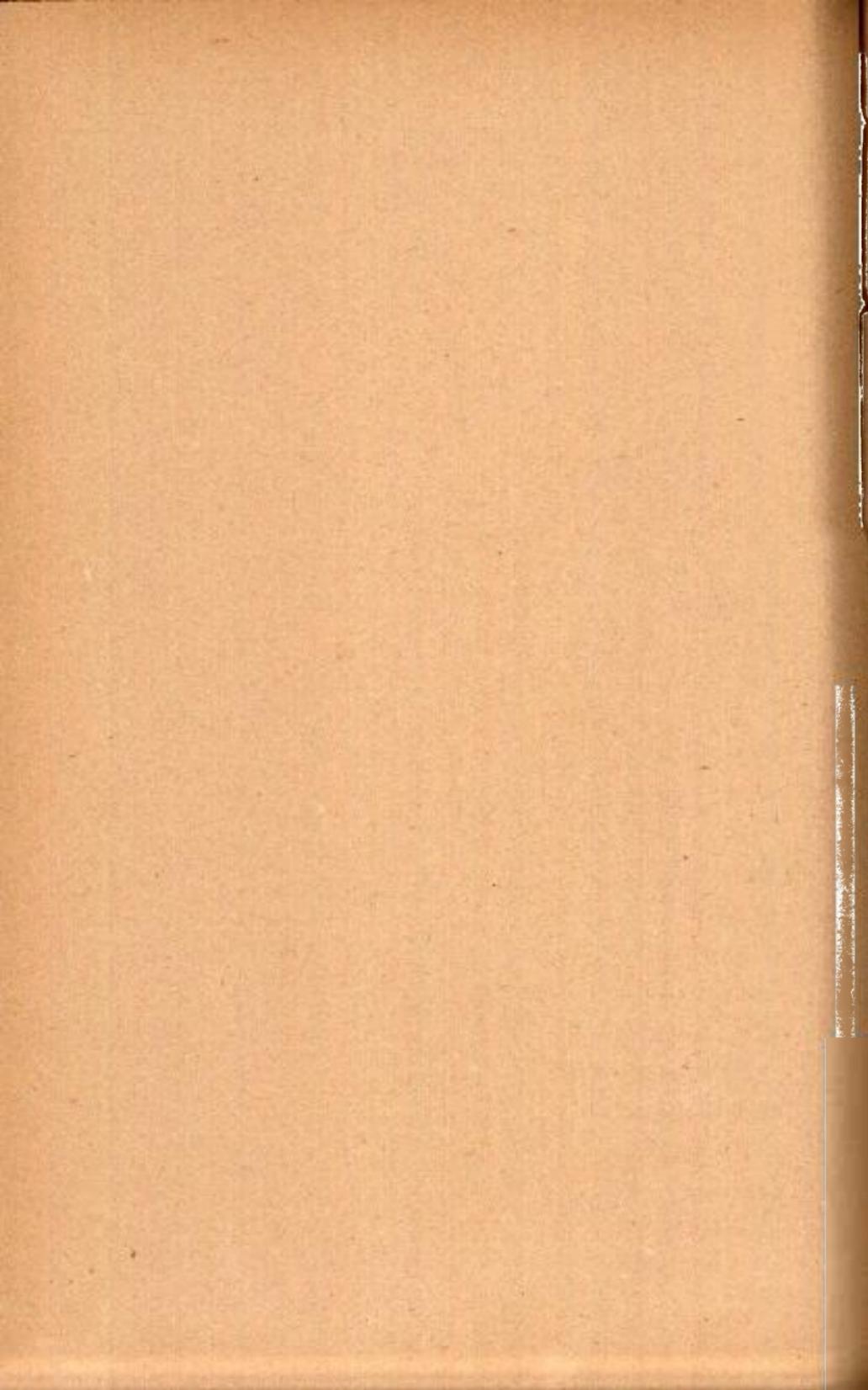
Apagóse la lámpara en un rápido estertor.

Y amé á la hebrea divina y ferozmente, porque me parecía estar cometiendo un asesinato.



CAPÍTULO III

LA SOMBRA DEL RABBI



Amanecía en los campos.

Sonaban campanas anunciando la oración de la mañana.

Bajo la luz verde y flúida, el paisaje tenía como un suave silencio de agua.

En aquella hora, yo poseía todo el abstracto recogimiento, la profundidad de vida interior que hizo sobrehumanos á los místicos.

Se aguzaba mi ansioso y penetrante afán de crear sentimentalidades nuevas en la monotonía igual de la vida.

Y hubiese querido que mis sentimientos fueran claros y frescos como las hierbas que nacen junto al agua.

En los silencios melodiosos de mi alma, yo escuchaba la voz de los arcángeles.

Y á intervalos se alejaba la sombra que hay siempre en torno de mi vida, y se cerraban los

ojos inmóviles de enigma, de súplica y de interrogación.

Frente á Nazaret, sobre una colina ornada de granados, mi pensamiento me habló del Crucificado, de aquel rabbi de la sangre preclara de Judah, que desde aquel paraje florido dijo un día la palabra que había de encender la tierra.

Hay sumos instantes férvidos, en que no el alma de una raza, sino toda el alma de una época, parece recogerse y curvarse en la espera augusta de una verdad eterna.

Diríase que un dios está á punto de estremecer nuestras frentes con su ala sonora, y que sobre la cumbre de la montaña van á descender las nuevas tablas de la ley.

Jerusalén se eleva siempre alta y siempre enigmática sobre sus colinas áridas.

En sus cúpulas blancas recoge todas las gracias de los cielos y toda la acerba austeridad del paisaje.

Ella es siempre cerrada como un sepulcro, pero guarda un tesoro más precioso que el tabernáculo.

Ella es la ciudad sacerdotal, sobre la cual brilla eternamente implacable la pupila de Adonai.

Han muerto los profetas entre las olas calcina-

das del desierto, y ella, la ciudad nunca destruída, en un silencio obscuro y beato espera al Mesías, á aquel que debe llegar.

En las fiestas pascuales, los viejos rabinos abrían sus espíritus al nuevo mito, bajo las litúrgicas llamas oscilantes del candelabro de los Siete Brazos.

Sobre los muros del templo, lloraban las mujeres la tristeza desesperada de Israel.

Y la tierra parecía fecundarse con el calor de entraña de las almas orantes.

Ráfagas de misterio penetraban en los espíritus pensativos, y las austeras frentes de penitencia se inclinaban ante el presentimiento.

Como las sombras á la noche, las inquietudes rondaban á la tierra.

De aquel paraje estéril como una concha y sin embargo nutrido de pensamientos profundos, había de nacer el Anunciador, el hombre de divina esencia que diría á las multitudes atentas la palabra de revelación.

Los ascetas maceraban sus carnes miserables en los lugares mismos que oyeron la voz de los profetas de Judah.

A la luz del último aceite de los olivos griegos, la Sibila de Eritrea, dictaba sus adivinaciones in-

coherentes, como turbadas por vientos de tempestad.

Había una inmensa pausa, un religioso estupor en las almas ávidas y extenuadas.

Y los essenios, los pálidos poetas del dolor, penetraban en las ciudades, en las sinagogas y en los campos, diciendo sus lúgubres palabras augurales y agitando sus antorchas de muerte y sus largas melenas oleosas.

Se exaltaba el dolor hasta sus límites extremos, y había como una avidez de torturas, de castigos, de misterios dominadores de la inquietud estéril de las almas.

En la voz bárbara de aquellos predicadores se encendía un pensamiento de universalidad.

En Atenas, bajo los árboles clásicos de la Academia, tantas veces loados, por la palabra de Sócrates el divino, un maestro armonioso había presentido al animador ante el huir de los dioses por el mármol sagrado de los cielos.

Roma la imperial, veía descender las cuadrigas de sombra desde el Capitolio coronado por la loba, por los laureles y por las águilas.

En Alejandría la sabia, un exégeta hebreo veía al ser humano, hermano de los hombres, cuyos la-

bios mortales habían de decir la palabra de Dios.

Era llegada la plenitud de los siglos.

Sagrada y fatalmente habían de cumplirse las profecías, y la tierra de Judah, muerta bajo los cielos calcinados, había de henchirse de nuevo como un corazón lleno.

Un mancebo pálido y pensativo medita bajo la luz de aceite de los olivos lares, y su frente morena del color de las tierras de Asia, se curva como el arco de un mundo.

A la hora en que los panes ácimos perfuman la estancia familiar, el mancebo moreno de los ojos profundos, está lejos de los suyos, solo ante las colinas suaves como pensamientos en paz.

Él ha hablado á las gentes austeras que trabajan los campos y llevan la Thorah sobre su corazón.

Él les ha hablado un día de sol en que el horizonte era vasto como la eternidad, y las gentes le han escuchado con las almas simples abiertas á la fe.

Y su rostro se ha transfigurado y como dos antorchas encendidas han brillado sus pupilas.

El mancebo siente que su corazón es como un río.

Habla, y una sabiduría más profunda que la de todos los sacerdotes del templo, brota de sus labios que tienen la sinuosidad de las montañas galileas.

«¿Cuál es mi madre? ¿Cuál es mi hermano? Aquél que oye mi palabra, y sigue la voluntad de mi padre que está en los cielos, aquél es mi madre, y aquél es mi hermano».

El corazón del mancebo de Judea vibra con el corazón de la humanidad.

Un amor de infinito, de eternidad, llena su alma, y todo ante él es claro y ligero como el aire de una mañana de cristal.

El oscuro enigma del hombre no existe para su pensamiento iluminado.

Aquella humanidad miserable y ciega que camina por los campos, oprimida por el peso de la vida, que discute falsas doctrinas en el atrio de las sinagogas, que sueña quimeras, que esconden la muerte, que llora todos los dolores del vivir, puede tornar á ser noble, feliz y pura como los lirios blancos.

Y la palabra de redención fluye á los labios secos, torturados por la fiebre, y su boca se llena de sangre, y un ansia sobrehumana de revelar los divinos pensamientos, exalta su espíritu hasta

hacerle sentir dolor cruelísimo por su silencio.

«Nadie pone en oculto la antorcha encendida, ni debajo del almud, sino en el candelero para que los que entren vean la luz.

»La antorcha del cuerpo es el ojo; pues si tu ojo fuera simple, también todo tu cuerpo será resplandeciente; mas si fuese malo, también tu cuerpo será tenebroso.

»Mira, pues, si la lumbre que en ti hay son tinieblas.»

Mis ojos, ásperamente fatigados de buscar lo invisible, evocaban en los aires la dulce sombra de amor.

Un instante somos dioses en nuestra vida, pero pronto la tierra, la miserable tierra recoge nuestras alas rotas.

Imprevistas revelaciones despiertan á veces mi espíritu, pero la sombra las arrastra á lo desconocido.

Como la profunda juventud sacrificada del nazareno, así mi juventud herida y trágica murió en la cruz, sobre la horrible montaña solitaria.

Y de todo el cortejo de dioses, sólo quedó junto á mí el dolor, el negro arcángel en cuyas pupilas fosforecen fulgores sangrientos.

El dolor, el eterno espectro, surge siempre ante mí, de los abismos de mi vida, de todos los mares y de todas las auroras.

Y el destino fatal y absoluto se cierra ante mi alma.

¡Mi alma! ¿Sobre qué mares negros y profundos reposará al fin?

Ruth se había acercado silenciosa y lenta.

Se sentó junto á mí en la cumbre de la colina, y sosteniendo entre sus manos la ligera rodilla cansada, permaneció inmóvil esperando mis palabras.

Su cuerpo, flexible como una rama de olivo, tenía un encanto ágil de fuga, de desvanecimiento.

Ella era ligera, era desvanecida, fatigada y árida, pero algo como una flexible tenacidad de acero, persistía en su desfallecimiento.

Todo en ella era expresivo, como un pensamiento inagotable.

La humedad de sus pupilas tenía reflejos lunares. Acaricié dulcemente sus cabellos, aquella cabellera como una fronda vasta y como una fronda rumorosa.

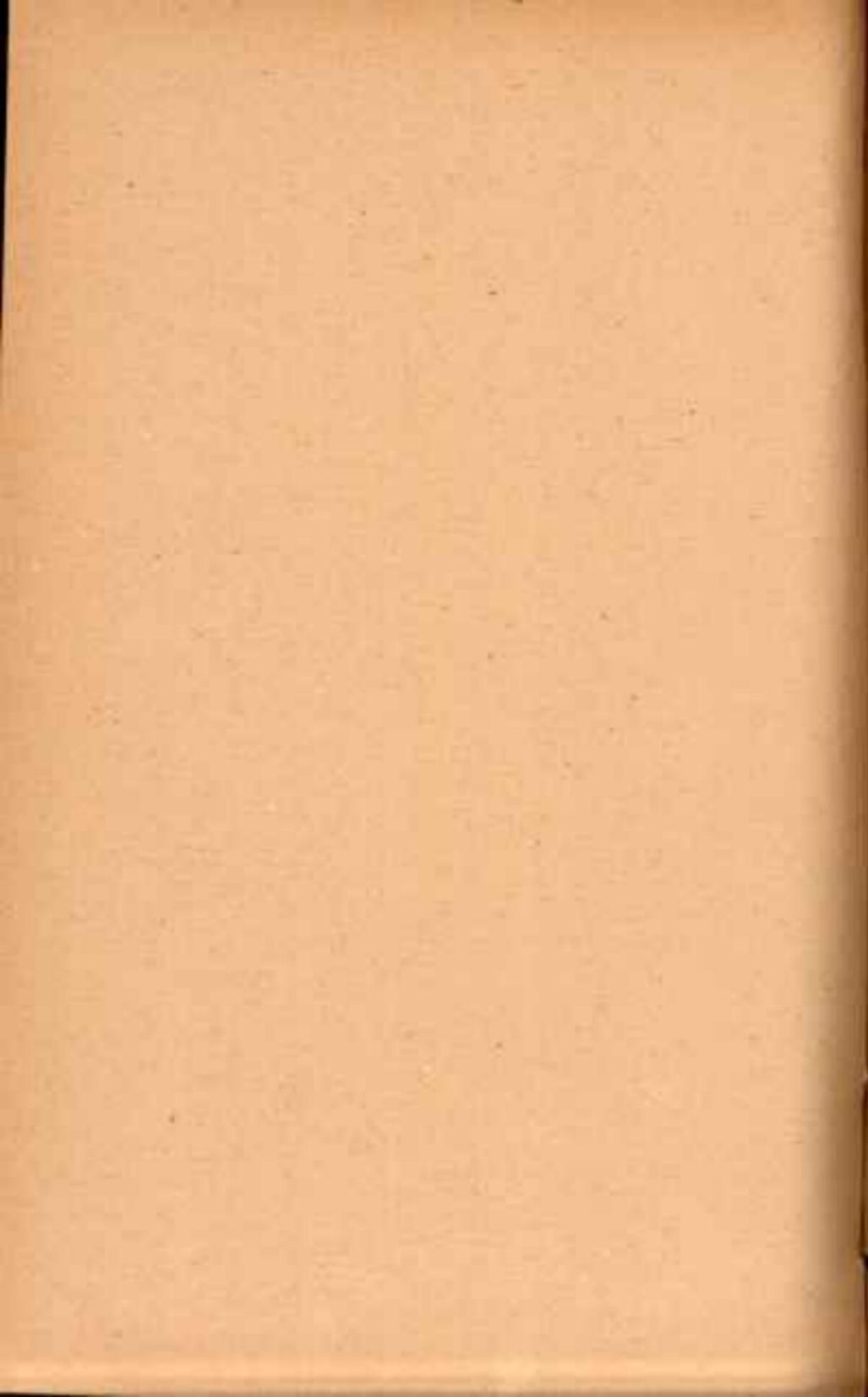
Besé su rostro, velado siempre por la sombra y lleno de gracia y de dolor.

Y toda mi alma se llenó de ternura por aquella criatura más leve que la ligera caricia de una mano ondulante.

¿La amaba?

Mi corazón es un laberinto tan extraño que en él se perdería el diablo.

CAPÍTULO IV
RINCÓN DE ROSAS



Todo era de una gracia, de una frescura, de un candor primitivo en torno nuestro.

Los campos florecían, y toda la tierra era divinamente amada por la primavera.

Mujeres rítmicas pasaban ante nosotros, componiendo una dulce armonía con el paisaje y con la luz.

Iban vestidas á la manera galilea, con ligeras y nobles túnicas azules.

Niños de oscuros ojos pensativos, conducían sus ganados á la montaña.

Y aquellos niños me recordaban al nazareno, y á sus hermanos, unas criaturas buenas y silenciosas entristecidas por el destino trágico de aquel que había de morir por los hombres.

El alma de la vida vibraba clara y sonora en nuestras almas.

Aquel ambiente puro y simple fortalecía el es-

píritu, llenándolo de una fuerza inexpresiva é inefable.

¡Ser como aquellas flores, animadas de primavera, como aquellas mujeres, envueltas en paz, y una tarde remota y serena, morir dulcemente, sin una angustia, sin un terror, y ser tierra, tierra madre que siempre dará azucenas blancas y granadas de fuego!

Me sentía lleno de absoluto, poseedor de verdades eternas, sabio como un profeta y ligero como un niño.

Mi pensamiento es como un opio, dispuesto siempre á darme todos los olvidos y todas las embriagueces.

Para comprender la armonía, es preciso perder el espíritu en las raíces mismas de la vida.

Y yo, en aquellos momentos claros, sentía el ansia ingenua y ferviente de renacer sin una inquietud.

Hojas de granado caían sobre los cabellos de Ruth.

El aliento vegetal nos refrescaba como una caricia húmeda.

La vestidura de la amada era noble y armoniosa, y completaba mi serenidad y mi alegría.

¡Amar todas las cosas, amar el sacrificio, amar el dolor, amar la tristeza, y amar siempre hasta hacer de nuestra vida una llama!

Sobre la mula reluciente, cubierta de telas listadas de rojo, de azul, de verde, de amarillo, Ruth, envuelta en su velo de plata, semejaba una virgen princesa de Siria que caminara en busca del esposo, á la dorada corte de Susa, quizá á la fabulosa Babilonia.

A nuestro paso se doblaban los trigos, de un verde jugoso y consolador.

Palmeras de copas flúidas se esculpían sobre el azul igual.

En aquellos instantes sumos, toda mi vida era como la huella perfumada que dejábamos sobre los campos olorosos.

A veces, lo que creemos los más grandes misterios, son simples palabras de niños, y nuestra vida, lo que juzgamos vasta hoguera crepitante, no es sino un leve fulgor en lo infinito.

Desde las cisternas blancas, palomas brillantes tendían su vuelo con un crujido dulce.

Arrastrando sus babuchas amarillas, nuestros árabes arreaban las cabalgaduras.

Y aquellos árabes de rostros musculosos y que-

mados, eran como fuerzas vivas de la Naturaleza, como valores precisos de toda la energía latente en el paisaje.

Desde los huertos oscuros de verdura, perros de crespas lanas nos ladraban, descubriendo los dientes blancos y como humeantes.

De cuando en cuando, Ruth me miraba con sus ojos llenos de sol.

La luz soberbia, era el natural ornamento de su belleza.

En torno de su cabeza parecía flotar un halo, y su gesto era atento, como si desde lo invisible oyera palabras misteriosas.

Caminábamos como en un estupor de primavera, dispersos en el ambiente, sintiendo fluir por nuestra sangre sol y aire más cálido que un aliento humano.

En aquella divina criatura latía el sufrimiento inconsciente de los seres que sienten el ansia de una mayor perfección en la Naturaleza.

Sus pupilas tenían á veces la mirada ausente y como llena de una pena desconocida.

Ante el espectro del amor, toda mi alma se detenía temblante y angustiada.



Yo quería amar, renacer con todas las potencias de mi juventud renacida.

Y la eterna esfinge y la eterna pregunta ascendía á mi pensamiento.

¿Qué misterio infinito, qué horrible tristeza y qué sabor de muerte tiene un amor?

La cima de Hermón metálica de nieve, fulgía lejana.

Se cerraba el paisaje, antes tan claro, y lleno de desolación, parecía mirarme con la tristeza de un semblante desesperado.

Al crepúsculo nos detuvimos en el poblado de Nenmaj, bajo las altas montañas de Galaad.

Nuestros árabes encendieron una hoguera con hierbas perfumadas, y el círculo de llamas semejó un rito cabalístico.

Niños de tribu, de rostros muy morenos y ojos calenturientos, nos miraban con recelosa hosquedad salvaje.

Un aire lleno de aromas y de suave frescura, nos anunciaba el divino desmayo de la noche de Oriente.

Doncellas de gesto pensativo tornaban de las cisternas con el ánfora en alto.

Y en aquellas actitudes clásicas, relucían brazos de oro agobiados de pulseras.

El barro húmedo de las ánforas brillaba con reflejos de negras pieles sudadas, y en los ojos de las mujeres fulguraba el último resplandor de la tarde.

Ante aquellas mujeres, yo recordé á la samaritana, á la criatura de ensueño y de amor, que en un día milagroso, buscando agua clara en la fuente, encontró para su corazón un caudal de eternidad.

La belleza pobre y tierna de las cosas circundantes, tenía como un suave perfume sereno.

Y mi alma, que á instantes entreveía lo desconocido, parecía que se acercaba á la verdad, á la verdad pura y absoluta de aquella criatura de silencio y de sacrificio, á la verdad de aquel éxtasis de la tarde, á la verdad inefable de ese estado de espíritu para el cual no se ha hecho la palabra.

En tanto que los árabes izaban nuestra tienda, Ruth y yo paseamos por una larga calle de naranjos.

Bajo mi brazo se doblaba su cintura, y sus cabellos, agitados por el viento, acariciaban sutilmente mi cara.

Por aquellos parajes que recorrió Jesús, seguido de la turba clamorosa de sus discípulos, Ruth y yo caminábamos temblorosos de amor, de un amor denso y pleno.

Ruth se abandonaba, hechizada y ligera.

La larga jornada había encendido su cara, y había humedecido sus ojos, en cuyo esmalte serpeaban inquietas viborillas rojas.

Vibraban los árboles bajo el viento.

Y el crepúsculo tenía como un desmayo lento, como una infinita extenuación de felicidad.

Bajolos pesados cabellos, la nuca de la amada se inclinaba como para el yugo ó para la violación.

Sus altos pechos curvaban la túnica, y olía á primavera su florida carne de doncella.

Yo la contemplaba en sueños, niña aún, con su gesto de pudor y de miedo, estrechas las caderas, como las de los efebos que ornan los vasos griegos, cerrado el seno como una concha bajo la herrumbre indecisa.

Y todavía en sus labios yo gustaba el ácido de la adolescencia, el frescor agrio y dulcísimo de la pubertad.

Me hablaba, pero yo no oía sus palabras, encantado en el divino silencio de la hora.

Agitábanse las ramas de los naranjos, y parecía que huían entre la fronda, resucitadas diosas antiguas.

El aire era tan denso, que al extender la mano, diríase que acariciábamos curvas palpitantes, muslos finos y cálidos.

Entre las hierbas nacían los jacintos.

La garganta de Ruth llevaba un collar bárbaro de corales, de piedras embrujadas, de ópalos del color azulado de las carnes muertas, y en el centro colgaba una perla, que era lunar y viva como las pupilas de Astarté.

Un instante en que Ruth se inclinó para coger una flor de fuego, yo le doblé la cabeza huracanada, y bebí lentamente la acre humedad de sus besos.

Había rosas por todas partes, rosas casi negras como túnicas de expiación, rosas rojas como sangre de dioses, rosas tiernas como carne de niñas impúberes.

La noche que venía, daba á la cabellera de Ruth reflejos de plata, como los de la piel del mar bajo la luna.

Con un son campestre y alegre, venía un rebaño de cabras desde las montañas en flor de Galaad.

Saltaban los machos barbudos, de cuernos retorcidos, sobre las hembras de ojos de agua.

Y el pastor era bello, con su túnica de color de amatista, y sus ojos más sombríos que los tallos de asfodelo negro.

Ruth miró á los machos ásperos, acres y lascivos, y sus labios se entreabrieron, y por sus ojos pasó una veladura húmeda.

Avanzábamos tan unidos, nuestros cuerpos se tocaban tan intensamente, que el hablar hubiera sido un entorpecimiento de nuestro éxtasis.

Yo levanté sus pechos que vibraron, y bajo la túnica acaricié sus pezones breves y fríos.

Ella saltó riendo, cortó una rama de naranjo y me azotó la cara hasta desgarrar la piel.

El campo estaba azul de luna, y por sus ojos también pasaban ráfagas de zafiro.

Nuestros cuerpos proyectaban largas sombras temblantes, que á veces se confundían con las sombras de los naranjos.

Descansamos en un divino rincón, lleno de noche y de rosas.

Ruth estaba fatigada, y los golpes del corazón estremecían sus pechos leves.

Sostuve en mi mano su cabeza y apoyé mi cara en su cabellera olorosa.

Los largos cabellos vivos cegaban mis ojos, y su aroma me turbaba como un veneno.

Ella me decía palabras lejanas, con una voz enronquecida.

La incliné sobre las rosas, y mi lengua penetró entre sus labios, y el divino amor entre sus muslos crispados.

Luego no vi noche, ni cielo, ni árboles, sino sus ojos prodigiosamente claros, en los cuales se reflejaba una estrella.

Ella gritó, y su grito fué estrangulado y animal como el de una hiena.

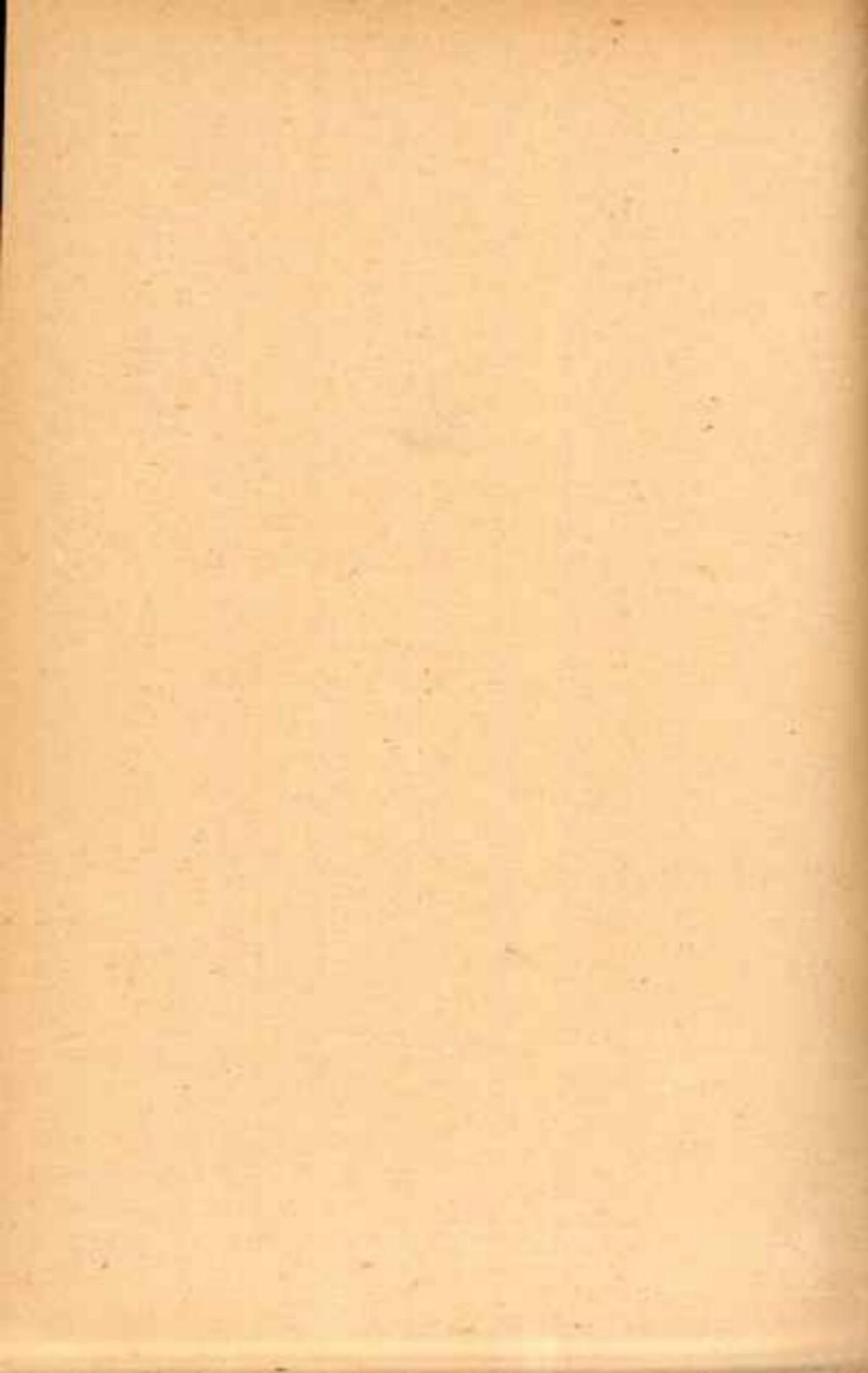
Cuando tornamos á caminar, ella llevaba en sus cabellos hojas de rosas y gotas de rocío.

Unos rizos huracanados se encresparon junto á sus sienas.

La sangre huyó de su cara, y en torno de sus ojos se refugió la noche.

CAPÍTULO V

EL LAGO DE SILENCIO



Amanecía cuando llegamos á Tiberiades, la ciudad muerta junto al lago de ondas oscuras.

Los campos galileos florecían con un candor de hierbas suaves.

Un perfume fresco y vital de vegetación fuerte, nos inundaba de amplia gracia matinal y consoladora.

Pájaros de plumaje azul metálico surgían de entre las hierbas, y hendían los aires, volando alegremente como pensamientos de juventud.

Lejos, ondulaban rítmicamente unas palmeras, y su ritmo sereno armonizaba el espíritu, lo aquietaba, como una melodía grave y noble.

Aquella mañana, el camino do la vida fué para mí una ruta de mirtos y de aromas, en cuyo término me esperaba una doncella con las manos abiertas colmadas de rosas.

Yo sentía tras de mí la presencia misteriosa de

un arcángel de luz, y avanzaba con el espíritu en alto como si caminara hacia la eternidad.

¡Si el alma pudiera tener las alas siempre abiertas sobre la tierra!

Las lejanías eran oro quimérico y azul desvanecido, como las glorias de un alma ávida de ensueños.

En la tierra sagrada, el silencio parecía estar animado de una oscura vida profunda.

El lago de Genezaret era vasto, inmóvil, y bajo su piel fría, de un color de acero, parecía guardar el acento más que humano de la palabra de Jesús.

La soledad era absoluta en torno de las aguas.

Algún pájaro pasaba rozando las ondas, y se alejaba con un rápido aleteo sonante.

Junto á la orilla estéril y leonada, Ruth y yo nos sentamos.

Venía una frescura un poco amarga, que dejaba heladas nuestras frentes.

Y una paz religiosa y llena de santa melancolía, se extendía sobre la tierra y sobre nuestras almas.

El éxtasis de las cosas era semejante á uno de esos pensamientos que nos acercan á Dios.

El mar, lejos, tronaba como un bárbaro dios antiguo.

Los velos de la mañana eran de oro y de fulgor.

Ante mí, la sombra larga y pensativa del Nazareno cruzó envuelta en sol, y seguida de una turba miserable y heroica de esclavos, de rameras, de pescadores y de leprosos.

El mancebo moreno de los ojos iluminados llevaba en sí la tristeza y el amor.

El curaba con sus manos las llagas que huelen á podredumbre, pero hacía nacer en el espíritu otras llagas vivas y sangrantes.

El levantaba las lápidas, y resucitaba á los muertos, pero mataba en las almas las divinas alegrías.

El llevaba en las pupilas de hoguera, y sobre la frente alta como una torre, las señales ciertas de un destino trágico.

El llevó á los hombres la desgarradora fascinación del dolor, el encanto horrible de la expiación y del martirio, pero sus ojos más que humanos fueron cegados por la muerte, su frente rota por la tortura, y su palabra ahogada en sangre.

Hundidas en las arenas de oro, comidas de sol, desaparecieron para siempre aquellas ciudades de un prestigio fabuloso y hechizado, Caphernaum, Magdala, patria de la pecadora rubia de anchas trenzas flúidas.

Parecíame que el Cristo acababa de expirar, y que yo le había visto elevar los ojos bajo las hoscas nubes de cobre, y humedecer con su lengua los labios secos por el vinagre y por la ardiente tarde de Nizam.

Y en mí quedaba esa inmensa paz de nada que sucede á la desgracia.

Ruth me contemplaba como desde un ensueño.

El cielo se reflejaba en el lago, en una armonía de desgarradora desolación.

Y la mañana, junto á aquellas aguas de silencio, era como un pensamiento de eternidad.

En aquel paraje se me apareció de nuevo el espectro negro de mi vida, y el trágico misterio de mi destino incumplido.

Veía otra vez cercanas á mí aquellas horas absurdas, en las que mi alma buceaba en la psicología de lo sobrehumano, y aquellos momentos en los que mi vida se hacía absolutamente oscura y silenciosa.

Encontrarse siempre en presencia del propio espíritu, es un tormento de eternidad.

Lentamente, llenos de una voluptuosidad dolorosa, la hebrea y yo nos alejamos del lago de Tinieblas, de silencio y de azufre.

Todo estaba muerto bajo el sol.

Ya no nacían los laureles rosa en la tierra de Sharón.

Ya no llenaban los aires de alegres sonos pastorales los rebaños de Basham.

Ni en las viñas de Eschol lucían aquellos racimos abundantes, de un rico color de sangre joven.

La tierra prometida de Israel, esperaba inmóvil al héroe, al que de nuevo había de colocar el Arca de la Alianza en el santuario olvidado de Kadeck Barnea.

Las tribus de Judah, de Leví, de Rubén, de Ephrain, de Dam, dispersas por la tierra, lloran entre la sombra adusta de los templos, la tristeza desgarradora de la patria perdida.

Judá no tiene hombres como Adino, como Eliazar y como Sammah, que sobre centenares de cadáveres ofrecieron el agua á David, para que éste, derramándola sobre la tierra, dijera:

«No es como la sangre de aquellos que expusieron sus vidas.»

Ya no queda piedra sobre piedra de aquel templo que resplandecía como la gloria más alta de Israel.

Como una ofrenda de dolor, recité los versos del hebreo.

«Llorad con los que lloran en las orillas de los ríos de Babilonia, los altares están desiertos y la patria es un sueño.

»Llorad con la rota arpa de Judá, llorad.

»¿Dónde lavará Israel sus pies ensangrentados?

»¿Cuándo tornará Sión á cantar sus dulces cantos?

»¿Cuándo la melodía de Judá animará á los corazones que vibraban al escuchar la voz celeste?

»Tribus de pies errantes y corazones fatigados, ¿en dónde encontraréis un lugar de reposo?

»La paloma tiene un nido, el león tiene una caverna, el hombre una patria; sólo Israel tiene una tumba.»

Desde las montañas venían ráfagas de aroma y de pasión.

La luz se hacía morada en las cimas de Genezaret.

Desde una «kubba», el almuédano anunciaba la oración del medio día.

Nuestros árabes tocaron con tierra sus frentes, sus brazos y sus pechos, y con voz salmódica rezaron la «assalá el dojor».

Mientras los creyentes oraban en la soledad extenuada de sol, yo besaba á Ruth en la roja boca torturada por el calor.

El velo de Damasco se agitaba triunfal detrás de sus cabellos.

Y una viva hilera de zequíes de oro danzaba sobre su frente morena.

Yo amaba sin término, y en vez de fatigarme, en mi corazón se generaba siempre el ensueño.

Ruth, con un impudor sagrado, se ofrecía toda bajo el sol.

Y yo pensaba en aquellas divinas tardes de Chipre, en que las doncellas de trenzas en forma de corona, iban á prostituirse junto al mar.

Las extremidades de la amada eran tan flúidas, que daban una sensación floral.

La levanté en mis brazos, y la elevé hacia el sol como en un sacrificio.

Me hería el aroma de sus axilas, perturbadoras como bocas envenenadas.

Ella reía, y su alegría estremecía mi carne como una ola.

La oración del Islam sonaba en el silencio lenta y llena de una tristeza de fatalidad.

Pasaron unos camellos con mercancías de la Siria.

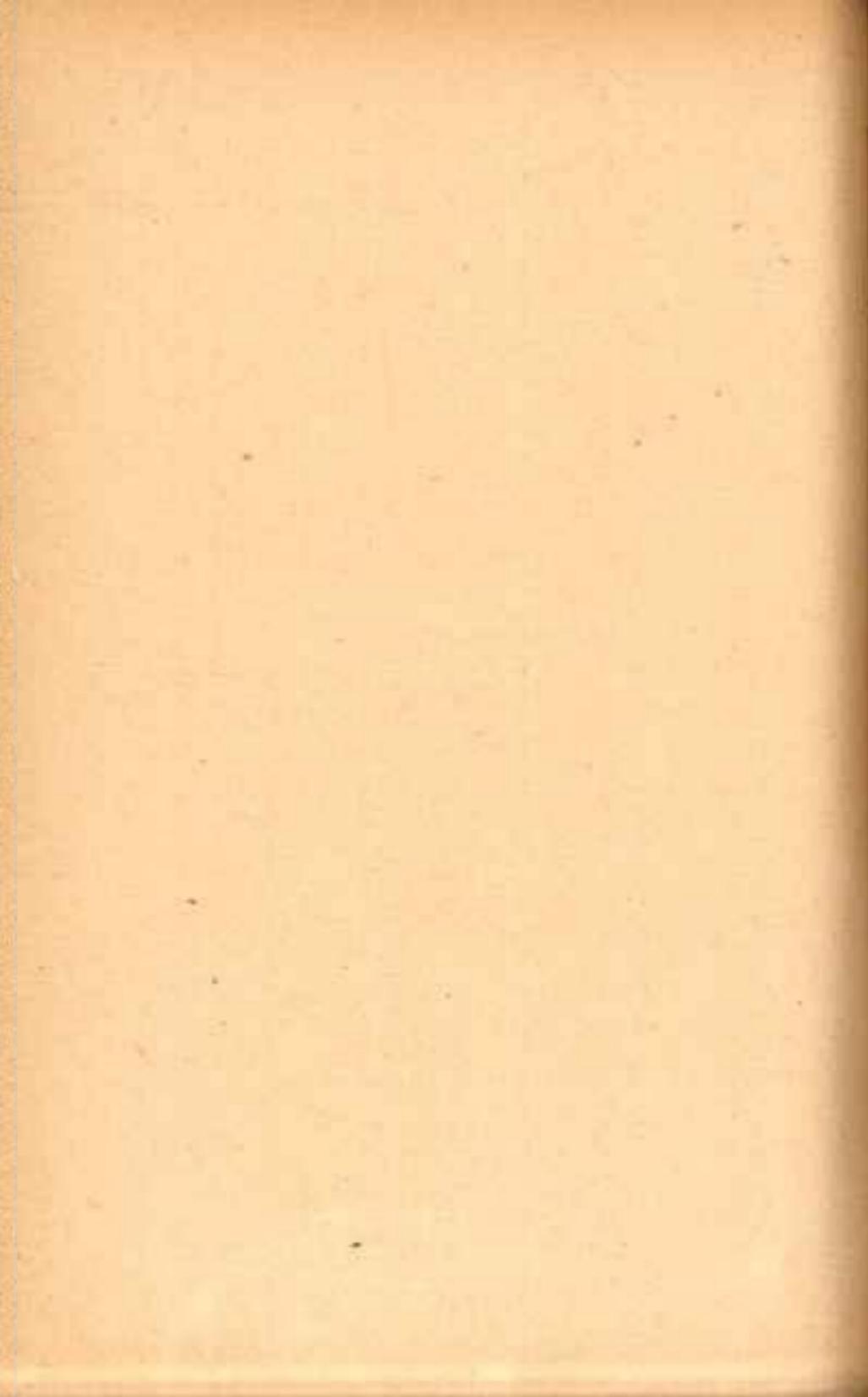
Y los beduínos que los conducían tenían la fiera virilidad de los árabes anteriores al Profeta.

Ellos me trajeron el ansia de vivir entre las tribus que aún adoran al sol, que tienen en sus lares la imagen de Astarté, y que duermen sobre el desierto, sintiendo en las pupilas la luz de las estrellas.

Perderse en el alma de la diosa, penetrar en el enigma horrible que guarda el secreto de la vida y de la muerte..

Y una mañana vasta, después de una llameante noche de amor, amanecer divinizado por contemplar en una crispación los ojos de la Diosa, verdes como el mar, como las esmeraldas y como los venenos...

CAPÍTULO VI
EL HECHIZO DE SIRIA



Fué en la tierra de Siria, en la tierra poblada de templos en que las hieródulas de Baal sacrificaban toros al sol.

En aquella tierra armoniosa y calenturienta, unas mujeres iban vestidas de blanca lana, otras de sedas violentas y joyas bárbaras, otras de hojas verdes y de flores carnales, y las morenas desnudas tenían reflejos luminosos como las pieles de los tigres.

Sobre las pieles de nuestro lecho, animadas de un calor de vitalidad, nuestros cuerpos se enardecían, y se erguían sus divinos pechos con un gesto ávido y como interrogador.

A la hora de las estrellas, la noche entraba en los ojos de la amada, y los hacía tan negros que me entenebrecían.

Ella me juraba el amor por el Dios de su raza y por el Thorah sobre su corazón, y su voz tenía

el encanto amargo de las voces que nunca volveremos á escuchar.

Yo acercaba mis labios suavemente para no besar más que su voz.

Caían sus cabellos sobre mi frente, y por sus ojos yo veía pasar los relámpagos azules del éxtasis.

A instantes, su expresión era de un misterio tan profundo, que me recordaba la Isis egipcia sólo entrevista por los espíritus puros.

Toda ella oleada de gracia, tenía un penetrante encanto dolorido.

Y su aire dulce y fugitivo, poseía el hechizo indefinible y secreto de un recuerdo.

En aquellos días, ciegamente yo me abandonaba al misterio, á lo desconocido, como algo que se arroja á las olas.

Surgía á veces, el recuerdo de ella, de la malditamente amada, lleno de aromas inextinguibles y de amarguras dolorosas.

Su nombre cruzaba algún instante por mi pensamiento con llamaradas de fiebre.

Con mis propias manos asesiné á la quimera, aquella noche remota, eterna y horrible.

Nunca más volvería á sentir su alma en mi alma;

jamás tornarían aquellas horas divinas cuyo recuerdo es para mí una angustia sin nombre.

¡Horas en que el alma estaba en sus labios, y en que nuestras vidas avanzaban juntas hacia la eternidad!

Y su espectro surgía otra vez ante mí fatal como una condenación irremediable.

¿Por qué todo yo soy un amor vivo, y como Cristo voy dando á las gentes mi amor y mi sangre?

Por las mañanas, cuando el sol venía como un dios de fulgor á nuestra tienda, ella entreabría sus largos ojos cargados de amor y de sueño, y saltaba del lecho dejando ver sus muslos ágiles.

Enroscaba sus trenzas como un haz de serpientes, y sujetaba la túnica que resbalaba por los pechos llenos.

Yo le mordía los hombros desnudos, y la sangre saltaba con una gracia inquietante.

Bajo mi carne crepitante, temblaba ansiosa su carne.

Ardían sus pechos, y se humedecía su boca que olía á entraña.

Y en aquellos instantes, toda ella era como una ofrenda á un dios insaciable.

Sus labios en mis labios, su corazón en mi corazón, ante nosotros se abría la inmortalidad.

Un aroma de fiebre, de carne, se unía al aroma que venía de los campos.

Yo la oprimía clavando mis uñas sobre sus muslos curvados, y ella cerraba los párpados más ardorosos que unos labios.

Y sufríamos en un silencio doloroso, queriendo prolongar eternamente el momento divino.

Y nuestros dientes crueles, hubiesen querido morder nuestros propios corazones.

Después se secaban nuestras bocas, torturadas y calenturientas.

Se enfriaban nuestras sienes, en las que había latido el corazón.

Se alargaban rígidas nuestras piernas doloridas.

Y quedábamos como muertos, sintiendo sobre nuestros cuerpos la posesión frenética del sol.

El amor no es sino dolor, tortura y castigo.

Ella, pálida, destrenzada, ensangrentados los labios, y alucinados los ojos en la noche de las ojeras, me huía.

Pero yo la martirizaba hasta hacerla caer sacrificada y temblante.

Y entonces nuestros dientes crispados, crueles

de ansías agónicas, mordían la carne hasta sentir el gustor capitoso de la sangre.

Se abrian nuestras manos, como las de los moribundos al soltar la presa heroica de la vida.

Rodaban nuestras pupilas por oscuros abismos sin fin.

Se estrangulaban los gritos en nuestras gargantas.

Y nuestros besos se hacían largos, lentos, dolorosos; besos en los que absorbíamos toda la medula gloriosa y toda la podredumbre del amor.

Las mañanas ligeras, salíamos á llenarnos de primavera y á que el aire cálido besara nuestras bocas.

Nuestras vidas eran como perfumes, como temblores de hojas, como luz en los mirtos.

Y el sol nos seguía como un viejo dios familiar.

Alguna vez, en medio de los campos, yo la contemplaba rítmica y llena de una gracia de adolescencia.

Los árboles nos tendían sus verdes cabelleras flúidas.

Y yo le ofrecía flores de fuego de los granados, que ardían como antorchas nupciales.

Aquella tierra fabulosa y hechizada, me exaltaba como una música de gloria.

Y en el jardín de la quimera, entre los árboles de plata de la leyenda, yo mordía con mis ávidos dientes de presa, las frutas sangrientas de los mitos.

¡Resucitar en todo instante como la Naturaleza, y poseer la potencia sin fin de la vida!

En aquellos días de oro, yo hubiera querido compendiar en una divina fórmula el alma infinita del Universo.

¡Sabiduría inmensa de lo inconsciente y fuerza sin límite del instinto!

El paisaje milenario me daba la imagen inquietante de un rostro lleno de energía y de pasión.

La luz perfilaba líneas como si fuesen músculos y voluntades.

Mi existencia, otra vez nueva, surgía como un águila de entre las rocas.

Una concentración más profunda, disciplinaba mi espíritu tempestuoso.

Mi voluntad destruía á todos los pensativos arcángeles del recuerdo.

Y sin embargo...

Si yo hubiese apoyado mi cabeza sobre el corazón de la única amada, de la fatalmente perdida, quizá hubiera escuchado la única verdad.

CAPÍTULO VII

EL MITO DE AMOR

Los antiguos templos sirios se elevaban bárbaros y eternos sobre el desierto.

Adonis y Astarté, vivían en el sol, en la tierra, en los aires.

Piedra por piedra, yo viví en Baalbek toda el alma de aquellas razas madres que divinizaron la sangre, el amor y la muerte, la suprema trinidad de la vida.

Adoré á Baal, á Moloch, al padre Sol, que engendra los ríos de sangre y que llena las venas de la embriaguez heroica de la vida.

Adoré á Asthoreth, á Astarté, á Istar, á Mylita, á la diosa Luna, que nos da la noche, la ferocidad inextinguible, el amor, el misterio y la muerte.

Animé el templo de Bel-Marduk, aquel del cual nos ha dicho Herodoto, que tenía dos columnas, una de oro puro y otra de esmeralda, que brillaban magamente en la noche.

Poblé aquellas tierras de sol y de fausto, con las tórtolas, los cipreses y los granados tan gratos á la diosa.

Vi de nuevo á las sagradas palomas blancas revolotear en torno del negro cono.

Y oí los cantos de las sacerdotisas, desgarradores y llenos de cruel fascinación.

Sobre las cumbres de las montañas volvía á nacer el Asherah, el árbol sagrado que representaba la doble Naturaleza, y para el bordaban las mujeres las más suntuosas sedas de Tiro.

Bajo las tiendas de púrpura levantadas en torno del templo, otra vez las jóvenes apenas núbiles, ofrecían al peregrino de barbas rizadas la gracia de su primera sangre.

Derketo, Ishmi-Dagan, todos los primitivos «patesis» asirios, dioses de la fecundidad, de formas de animales, tornaban á revelarnos el secreto de sus vidas ambiguas é inauditas.

Era la tierra que había dado el divino hechizo á todos los sedientos de amor.

Aquellas fiestas maravillosas y crueles, en que las sacerdotisas abrían sus carnes, y sobre las blancas piedras del altar ofrecían sus sangres ro-

jas de fanatismo y de ferocidad, volvían á traerme su prestigio doloroso y magnífico.

¡Sangre inmortal de los hombres, sangre crepitante de las bestias, divino caudal de la vida!

Aquellos cananeos, padres de la Arabia, de Fenicia y de Cartago, amaron la sangre con el titánico amor del sacrificio.

Un antiguo sacerdote de Assur ha dicho, que el mismo Dios supremo sacrificó en un holocausto á su propio hijo.

El libro de los Reyes nos cuenta aquella leyenda gloriosa y heroica de Mesha, rey de Moab y adorador de Khemosh, que derrotado por las gentes de Israel en su ciudad de Kir-Haresheth, llamó á su hijo primogénito, y arrojándolo por las murallas, lo ofreció en sacrificio á los dioses.

La medula de aquellas razas animaba mi espíritu, y lo iluminaba como si en él se agitara una antorcha encendida.

Entre las columnas doradas por el sol de cien siglos, del gran templo muerto de Adonis-Tamuz, yo viví férvidamente el antiguo mito de amor.

Adonis, el joven Sol, era amado por Astarté, la diosa de ojos del color de las llamas en la noche.

Cazando Adonis en los bosques del Líbano, un jabalí, que era encarnación de su enemigo Baal-Moloch, le arrancó la vida, destrozando su carne preclara y joven.

Cayó el dios sobre las aguas de Gebal, y desde entonces el río fué rojo, eternamente rojo por la sangre divina.

Las doncellas, en cuyo espíritu vive el alma de la diosa enamorada, se desgarraron las vestiduras, hirieron sus carnes vírgenes, se arrastraron por tierra gritando:

—¡Ailanu! ¡Ailanu!

Pero en primavera, el joven dios renació resplandeciente, vestido de sol.

Y las doncellas, en cuyas almas amaba Istar, coronaron de flores sus cabellos, aromaron sus carnes desnudas, y sobre el musgo propiciatorio, conocieron el amor de Adonis, que en sus cuerpos amaba á la diosa.

Aquella tierra inmóvil y sacerdotal, me revelaba todos los secretos escondidos en sus entrañas desde el alba de la vida.

Para siempre se había hundido en las arenas Kiriath-Sepher, la ciudad de los libros.

Pero aún los Siete Kabirim, las sumas potencias

que rigen la vida y la muerte, guiaban los pasos de los hombres á través de sus destinos.

Y tal vez un día, desde el polvo milenario y sagrado, tornarían á exaltar la sangre, el amor y la muerte, la trinidad soberbia de la vida.

Ruth, sin comprender el pensamiento de aquellos templos, aún vivos bajo el sol, desde el fondo de su sangre y de su raza, amaba aquellos mitos de un hechizo lejano y fabuloso.

Aquella religión antigua y maga, era el amor infinito, la embriaguez de vida, el sol siempre sagrado y eterno.

Solos, en la soledad absoluta, paseábamos entre arcos rotos y columnas truncadas, en cuyos capiteles cubiertos de tierra, crecían flores salvajes de un color desteñido de recuerdos.

Ruth, con su velo de plata, sus largos ojos sirios y su frente llena de zequíes de oro, me daba la imagen de una princesa de Nínive, que tornara de ofrendar á Baal un negro toro de astas blancas.

Algún instante, á la hora última del día, la tristeza y el presentimiento velaban nuestras almas.

Nuestros ojos se perdían en las llamas finales del sol, la sombra se arrollaba en torno de nues-

tras frentes, y quemaba nuestros espíritus el ácido de una angustia sin causa y sin nombre.

Entonces resurgía en mí ese algo trágico y horrible de los que ya no quieren nada de la vida.

Mi alma se inclinaba con una fatiga de siglos, porque ha vivido todos los sueños.

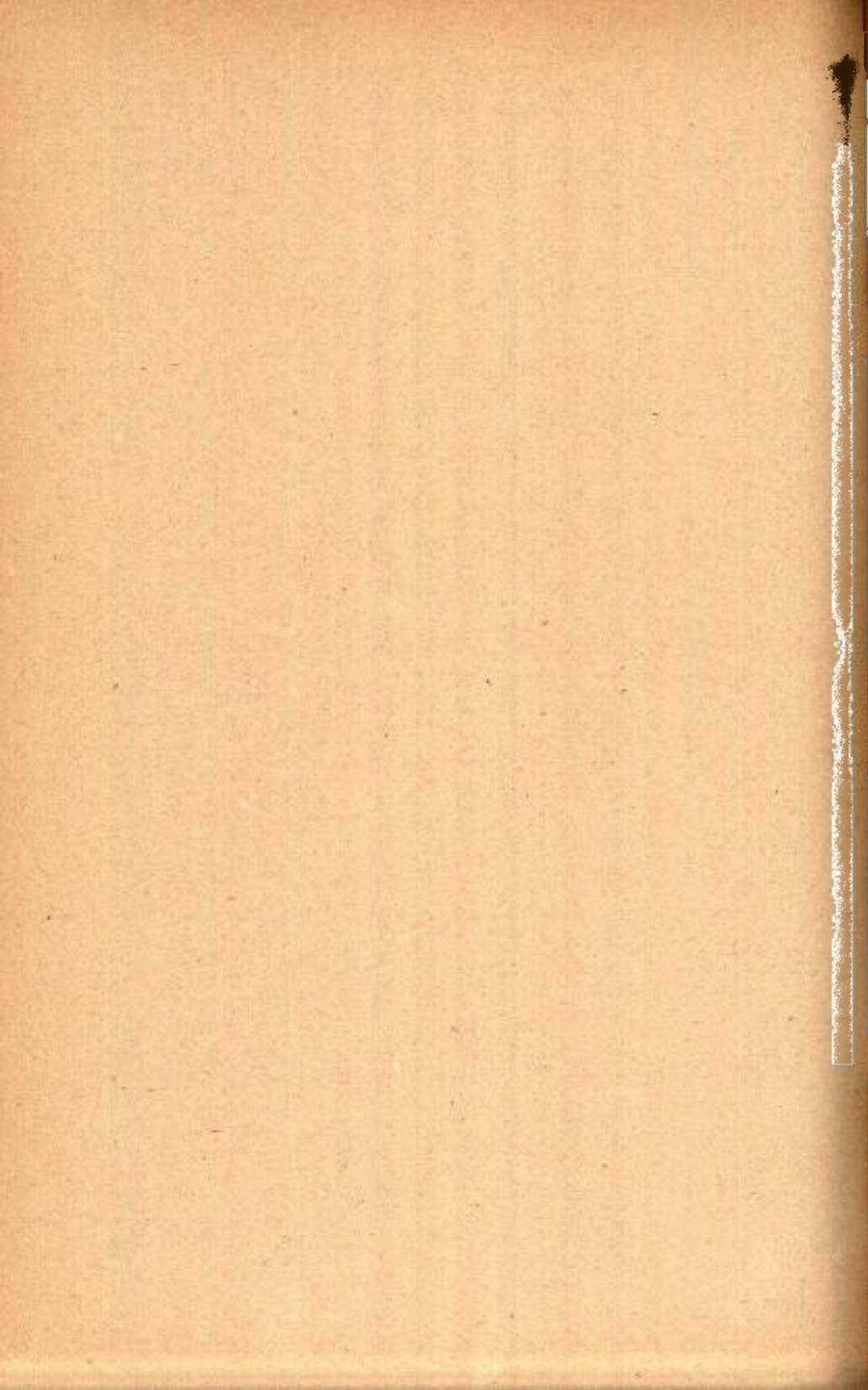
En aquellos momentos, nuestro amor era dolor estéril, nuestras vidas eran desiertos sin agua, y nuestras ansias, humo que se desvanece en los aires sin llegar á Dios.

Queríamos morir de una muerte lenta, silenciosa, perdidos en el frío recogimiento de la noche sin rumores.

Pero la luz familiar de la lámpara entre las cortinas listadas de la tienda y la cena sobria y fragante, y los aromas acres y sensuales del ámbar y del benjuí, nos hablaban de una intimidad suave, de un dulce calor de hogar, y de una melancolía llena de desmayos, de besos y de largos rayos de luna.

Y regresábamos con las manos unidas, confundiendo nuestros cabellos bajo las ráfagas de la noche, desfallecidos los cuerpos, y con una estrella ante los ojos.

CAPITULO VIII
EL TRIÁNGULO DE LA DIOSA



Al amanecer, tornábamos de nuevo á los templos húmedos de rocío y aún envueltos en los velos de la noche.

A las luces de la mañana, los cabellos de Ruth eran de un vivo azul zafiro.

Y toda ella tenía una ligera gracia matinal, y una animadora frescura penetrante.

Caminaba leve, con su encanto muriente, con su divina extenuación, bajo la vitalidad bárbara de su cabellera.

Su ágil androgenismo, me evocaba y me hacía desear otro sexo inverosímil, quiméricamente vicioso.

El templo de Tanit, alargaba hacia el sol su blanco propileo de piedras que parecían vivas, veteadas de sangre y de ardor.

El reflejo de Baal, aún extendía sobre la tierra su vasto misterio de vida y de fuerza.

Detrás del altar, limpio y brillante como si aún aguardase un sacrificio, se esperaba oír la voz de las sacerdotisas, animal y aguda como el grito de las panteras, recitando lentas salmodias de pasión.

Más lejos, el templo de Samun, abierto y ancho, esperaba ver correr sobre sus aras tersas, la sangre rugiente de los toros.

Casi oculto entre laureles y cipreses, el breve templo de Hator, la diosa negra, aguardaba en un silencio lleno de melancolía, las ensangrentadas ofrendas virginales de las doncellas.

Y llenando toda la quimérica tierra de Siria, se sucedían, ágiles ó bárbaros, armoniosos ó violentos, los templos de Balaat, de Astarté, de Esmuna, de Tadmuz, de Moloch.

Un aliento heroico me exaltaba hasta el ímpetu.

Todos mis sueños soberbios de púrpura, de imperio, renacían gloriosamente en aquella tierra sagrada, forjada con sangre de víctimas y con aliento de dioses.

El misterioso pulso desbordante de la creación, llenó mis venas siempre propensas á las divinas fiebres.

Dar la vida á aquella tierra, como ninguna férvida y profunda; resucitar bajo el sol á los dioses

ambiguos y claros, equívocos y serenos, bárbaros y bellos, hubiese sido el más augusto triunfo de un héroe, enamorado de la magnífica sangre antigua.

Bajo los fuegos solares, los templos semejaban monstruosas osamentas calcinadas y la tierra parecía aniquilada como después de un estrago, pero bajo su piel árida, un ansioso espíritu de vida vibraba dispuesto á engendrar el prodigio.

Bajo la fría costra, se adivinaba como un vasto rumor obscuro de multitudes clamorosas.

Yo sentía hasta la plenitud cuanto había de ardoroso, de potente, de vivo, en aquel pensamiento maravilloso y la avidez de darle vida henchía mis venas, como si por ellas circulara una sangre más que humana.

¡Exaltar á los dioses!

Sentir de nuevo la llama alada sobre nuestras frentes en éxtasis, y ver propagarse por el cielo inaudito la alegría victoriosa del triunfo.

Cumplíase aquella soberbia aspiración de vida, en la que el acto espléndido y fuerte, se armonizaba con las magnificencias del sueño.

Hay que ser más fuerte que las cosas, si se quiere conservar el temple puro del espíritu.

Y aquella tierra desolada y augusta, acuñaba el

espíritu con la firmeza de una medalla insigne.

Una vida es siempre noble, cuando ha pasado á través de la llama heroica de la exaltación.

La antigua piedra animada, vitalizada con el calor religioso de una raza, parecía palpar en el estremecimiento de la espera.

La tierra se ofrecía al dios que había de llegar, todo envuelto en púrpuras y en sol soberbio, en su carro de fuego y agitando en los aires la antorcha llameante.

Y el dios había de llegar en el milagro de una hora suprema.

Imperioso y dulce, bestial y armonioso, hechicero y cruel, habría de aparecer sobre el altar, ornado de sol, de púrpura, de rosas y de sangre propiciatoria, para difundir su ritmo y para crear el amor, el amor que tiene formas de tigre é ímpetus de león.

Yo evoqué toda la antigua pompa de los días asirios, viví todo el frenesí y toda la embriaguez de las multitudes vestidas con las más flúidas telas de Chipre y con las más resonantes púrpuras de Tiro, amé hasta la agonía, hasta despertar en mi alma á la fiera, y quemado de fanatismo abrí mi

pecho ante el dios y le ofrecí mi corazón que ardía como una pira.

Ruth y yo penetramos en el templo de Baal.

Un rayo de sol hería el santuario, oscuro y caliente como una matriz.

En la sombra densa y tibia abracé á la hebrea, cuyo rostro resplandecía entonces con todas las significaciones de la diosa.

Habían adquirido sus ojos una luz desconocida.

Y su corazón latía tan profundamente, que yo escuchaba su rumor en la sién ligera como un pensamiento.

Su cuerpo olía á sol, á mirra y á juventud morena.

Levanté con mis brazos á la amada, y la coloqué en el altar de Baal, dios de los dioses.

Un silencio de siglos nos envolvía en su inmovilidad sagrada.

Fuera, pasaba la vida enguirnaldada de rosas, sobre los campos en fiesta como para unas nupcias.

El alma de Baal, sola y eterna, y el latir angustioso de nuestros corazones divinizados.

Ruth desfallecía bajo mis besos largos y dolorosos.

La piedra parecía viva, sintiendo el temblor de su carne.

Sus ojos se llenaron de húmedos reflejos azules, como si hubiesen permanecido largo tiempo en el fondo del mar.

Desaté su túnica y saltaron sus pechos como dos palomas ofrendadas.

Se entreabrió su boca, como si toda su existencia se abriera al dios.

Y el olor de sus entrañas me excitó hasta convertir mi sangre en fuego y en veneno.

La eternidad se hizo carne en nuestra carne.

El sol tendió hacia ella un rayo, como los que iluminaron en la sombra la faz de Astarté.

La incliné sobre el ara milenaria.

Ella esperó el milagro con los ojos fulgentes de sol.

Y sobre el negro y caliente triángulo de la diosa, Adonis amó de nuevo á Istar, desgarrando los velos de la eternidad.

Como un coro de voces frenéticas, el viento resonó entre las piedras con un ulular sonoro y religioso.

CAPITULO IX
LA ÚLTIMA NOCHE

Todo el fasto de la Siria, pasó antè nosotros con una maravillosa magia de ensueño.

Sidon la fenicia, hundida bajo las aguas, perdida en el mar con sus calles, con sus palacios, con sus templos, poblada de una inverosímil claridad marina, de conchas, de moluscos, de corales y de algas.

Tadmor, entre el oro del desierto, encantada en un bosque de palmeras, cuyas copas suenan con ritmo misterioso.

Damasco la fabulosa, la corte de poetas y de príncipes, la divina ciudad de las perlas, de las leyendas, del acero, de la sabiduría y de las sedas.

El Líbano de fronda sensual, de cedros olorosos, de mirtos gentiles y de ríos de gracia, perfumado con el alma amorosa y magnífica del rey de los reyes Salomón.

Vivíamos todo el Oriente lento y suntuoso, inmóvil y fanático, dulce y desgarrador.

Mezquitas del tiempo insigne de los Califas, de ágiles alminares y de fulgentes azulejos metálicos.

Rosadas mezquitas osmanlíes de anchas cúpulas pobladas de palomas.

Muertas sinagogas de Judah semejantes á sepulcros.

Conventos drusos, maronitas, de la ingenua gracia gótica de las Cruzadas.

Y tumbas siempre.

Tumbas ornadas de adelfas y de misterio, de viejos profetas de Israel, de mujeres de la Biblia, de reyes de Assur, de princesas de Babilonia, de sacerdotes caldeos, de sabios talmudistas, de santos del Islam.

Descansábamos breves horas en ciudades blancas, llenas de un turbador perfume de ámbar y de fieras.

A veces oíamos desde nuestro lecho la lenta salmodia alucinadora del almuédano, ó á la media noche nos estremecían crispadores gritos de dolor.

Y el silencio sin fin tenía una complicidad aterradora.

Entonces ella, con los cabellos vibrantes como

nervios atormentados, y los ojos blancos de terror, se estrechaba contra mi pecho y hundía su cara para no oír sino la música exultante de mi corazón.

Otras veces, regresábamos extenuados de visiones y de aromas.

La noche, luminosa de estrellas, entraba amplia y resonante en nuestra estancia.

Lejos sonaban cantos, cantos tristes y sacerdotales del ritmo de Misraim, como los que debió oír Ptah en su vasto templo de Menfis.

Ruth y yo, en el éxtasis inefable de la noche y de nuestras carnes que tanto amaban, permanecíamos abrazados largo tiempo.

Entonces, su gesto era tan profundo, que diríase que venía de la muerte.

En sus ojos, por los que pasaban ráfagas de zafiro, de rubí, de esmeralda, yo veía vivo el sueño fabuloso y magnífico del Oriente.

El hermético Egipto, con sus animales divinizados, con sus rígidos Faraones, cubiertos de oro, con sus anchas columnas de capiteles de flor de loto, con el sagrado Nilo inmóvil como si sus ondas fuesen de un metal fulgurante, con sus momias cubiertas de betún y de esmaltes, con sus

templos de eternidad, con sus sacerdotes envejecidos en el estudio del Amenti y del Hades, con Nitocris la sabia, con Berenice la quimérica, con Cleopatra la divina...

La obscura Caldea de los magos, de los sortilegios, de las princesas morenas, de ojos calientes, de superstición y de amor...

Asiria, con sus toros alados, con sus monarcas de brazos hercúleos, dominadores de leones, con sus palacios maravillosos, en los que resplandecía la pompa sagrada del Asia.

Cuando entornaba las pupilas, cesaba el deslumbramiento, y la pálida criatura de Israel se me ofrecía llena de ansia.

Algunos días encontrábamos en nuestro camino lentas caravanas, que iban á la Arabia.

Los hombres, de tez del color del fuego, nos enviaban el «salam» con un gesto triste y cordial.

Y las mujeres se envolvían en sus velos negros, y al paso nos miraban con ojos de lontananza y de calentura.

Contemplando el paisaje, yo recordaba, por no sé qué misteriosas afinidades, la expresión de aquellos ojos lejanos, de los ojos de la única amada, llenos de un dolor eterno.

A instantes, se abrían en mi alma misteriosas profundidades de inconsciencia y de infinito.

Ella, la tan amada, se me aparecía siempre del otro lado de la vida.

Y á mi espíritu no descendía jamás el dulce óleo del olvido.

¿De qué vidas misteriosas y extrañas conservamos un lejano recuerdo, infinitamente triste?

¿En qué paraje remoto me esperará ella al final de la vida?

¡Tortura más que humana, la de saber que ella había de morir sin que nunca fuera mía!

En algunas ciudades, penetrábamos en los cafés árabes, sombríos y perfumados de opio.

Nómadas de las tribus y turcos de barbas flúidas, fumaban inmóviles, tendidos sobre tapices de Bagdad.

Las paredes estaban llenas de armas y de espejos, y del techo colgaban lámparas de cobre y pintados huevos de avestruz.

Nosotros comíamos pastillas olorosas de rosa y de nardo, fumábamos el «narguilé», y un estupor hecho de fatiga, de ensueño, de aromas acres y de primavera densa, nos aniquilaba inefablemente.

Un día, en la Byblos fenicia, reposamos junto á un largo camino de cipreses.

Una penitente, vestida de negro, cruzó ante nosotros trágica y velada.

Llevaba un cirio encendido, y la llama ardía sobre el pecho, como un corazón.

Y su presencia en la tarde morada, tuvo algo de fatal, como un presentimiento y como un augurio de desgracia.

El Líbano ardía como una vasta hoguera.

Venían aromas de incienso.

Y la sombra caía sobre nosotros como las alas del dolor.

Luego el Mediterráneo, azul, cruzado de velas rosa, y llevando en sus olas el clamor heroico de la Historia.

Pensamientos de luz sobre las aguas paganas, cuyas crestas de espuma, semejaban blancos torsos de diosas marinas.

Ráfagas de aire, suave y fresco, lleno del olor del mar.

Jaffa, con su puerto armonioso y resonante, evocador de los antiguos puertos de la Héllada.

Ramleh, con sus bosques de naranjos, con sus

jardines rebosantes de nardos y de fuentes, con sus cigüeñas pensativas sobre las torres.

Saaron, con la gracia pastoral de una égloga, viva por la voz de los pájaros y por la luz melodiosa.

Las montañas de Judá lisas, oscuras y calientes como grupas gigantescas.

Los montes de Efraim, semejantes á nubes de incienso que se elevaran á Jehová.

Pasamos la última noche de peregrinación, en un campo rudo y árido, meditativo y desconsolador.

Había en el paisaje una persistencia bárbara, una tenacidad angustiosa.

Ruth parecía alejada, como si fuese una criatura hostil y extraña.

Me abandonaba su boca, pero su espíritu estaba lejos, perdido en misteriosas supersticiones, abandonado á secretos destinos, mordido por el miedo de la venganza de Israel.

Nuestra noche fué angustiosa y cruel.

Sentíamos, amarga y profundamente, que algo acababa en nosotros para siempre.

Adivinábamos el futuro lleno del fantasma de lo irremediable.

Y sabíamos que nuestro amor, que había florecido un día, fatalmente había de morir.

Aquella noche, nuestras caricias fueron crueles, dolorosas, prolongadas hasta la tortura, como las de dos agonizantes.

Tres veces apagó el viento la luz de la lámpara.

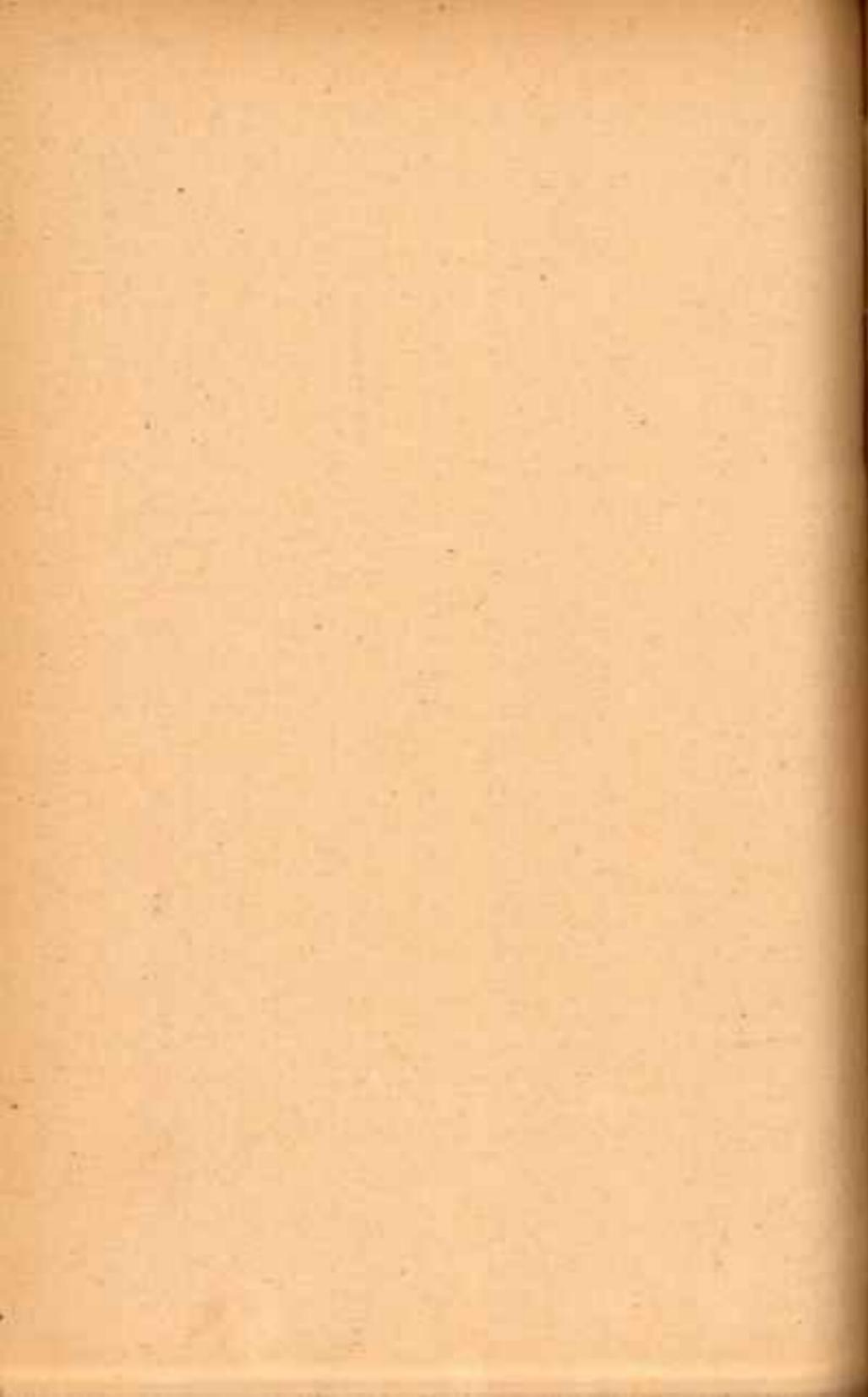
Y tres veces desperté en la noche, sintiendo en mi frente las garras del misterio.

Amanecía cuando entramos en Jerusalén.

En la luz de perlas, el Oriente brilló como la concha de la Anadyomene.

Nuestros caballos relincharon con caliente potencia, saludando el nacimiento del joven dios.

CAPÍTULO X
LA CIUDAD MALDITA



Jerusalén eterna, llameaba bajo el sol.

Siglos de pensamientos dormían en sus calles silenciosas, en las que las leyendas florecían con las hierbas de un adusto color de acero.

Ávido siempre, sintiendo fiebre por penetrar en el enigma de la ciudad, yo quería poseerla toda, como á una virgen hermosa.

Me embriagaba de luz, de líneas suaves, de blancura brillante en la mezquita de Omar.

Aquel conjunto de magnificencia persa y de salvaje instinto tártaro, me excitaba como una mirada excesiva.

Luego las tardes de oración, las salmodias de los creyentes recitadas con el acento sensual de los «effendis», la luz velada y enriquecida con el brillar de los mármoles y el fausto de los terciopelos, el perfume de agua de rosa, el contacto con las alfombras, de una morbidez casi carnal.

El recuerdo del templo, del templo maravilloso del cual ha dicho Josefo:

«Sus piedras estaban colocadas de tal suerte, que no se percibía en ellas la huella del martillo, pareciendo unidas material y prodigiosamente.

»Todo el templo resplandecía con sus planchas de oro.

»Daban acceso á su interior altas puertas de cedro, incrustadas de oro, y veladas por tapices de lino azul y de púrpura.

»El santuario se hallaba en lo más apartado del templo.

»En él había dos ángeles de oro, cuyas alas extendidas se tocaban en el centro, formando dosel al Arca de la Alianza.

»En la sala llamada, la más santa, se hallaba el altar de cedro, cubierto de oro y rodeado de candelabros, cuyas luces ardían incesantemente.

»Sobre las mesas se hallaban los vasos sagrados, y los panes que sólo podían comer los sacerdotes.

»En el patio estaba el altar de los sacrificios, y el depósito llamado «mar de bronce», sobre los dorsos de doce toros de cobre, y conteniendo el agua destinada á las abluciones sacerdotales.

»A los lados del pórtico, se elevaban dos gigantes pilares de bronce, sobre los cuales habían labrado los artífices de Tiro, las palmas, los lirios y los granados.

»El pilar de la derecha se llamaba Jachim, y el de la izquierda Boaz.»

Nada quedaba del templo.

El sol y la maldición habían comido aquellas piedras de gloria que unos hombres, llenos del fuego de Dios, elevaron con el temblor de sus manos religiosas.

En el ensueño, yo viví el día en que sus puertas se abrieron á la fe de Israel.

El rey de los reyes, Salomón, envuelto en la púrpura resonante, llegó sobre su carro asirio, rodeado por los levitas de túnicas oscuras, por los guerreros de bárbaras mandíbulas, por los más bellos mancebos de la tribu de Judá.

Fué una mañana resplandeciente. Y el sol y la tierra parecían latir con el gran corazón hebreo.

Salomón descendió de su carro, y en el atrio del templo, hizo ofrenda á la tierra, y quemó incienso, áloe y mirra.

La multitud clamorosa y fanatizada, elevando los brazos crispados, cantó las alabanzas.

Doncellas de Sión bailaron ante el templo lentas danzas sacerdotales.

El olor del incienso y el de la mañana, ascendían con una pía dulzura.

Un instante máximo y sagrado todo se detuvo, y un silencio de eternidad se hizo en la tierra y en la multitud.

Desde la ciudad venía el lento y grave cortejo de los sacerdotes, conduciendo el Arca de la Alianza, en la cual se guardaban las tablas en las que el dedo de Jehová había trazado la ley.

Con una música de los cielos, el Arca de la Alianza fué colocada entre los ángeles de oro.

Encendióse el Candelabro de los Siete Brazos. Y Salomón y la multitud ululante, penetraron en el templo, que vibró todo como si la piedra hubiera tenido la sonoridad de un arpa.

Cuentan los rabinos de viejo saber, que al terminar la ceremonia, una densa nube llenó los ámbitos del templo, y un rayo de fuego, enviado por Jehová, consumió los sacrificios sobre el altar de oro.

Ni polvo quedó de las piedras sagradas, ni polvo del rey de los reyes, Salomón.

Sobre aquella tierra, ennoblecida por todas las

lágrimas de Israel, otro Dios abría sus brazos á los hombres de fe pura y corazón valiente.

Otras veces, en las iglesias coptas, ante la virgen negra de basalto, cuyas pupilas son semejantes á las de Isis, se excitaba mi espíritu con el llamear de los cirios, con los ritos misteriosos, con el contacto de aquellos egipcios de mirada larga y frente deprimida, que veneran á la mujer hebrea como á una encarnación de Isis, y á Jesús como á la última encarnación de Osiris.

Otras en el desierto monte de Sión, mi alma se perdía en una soledad abstracta.

Me acompañaba la judía con un gesto pensativo y ligero.

Lejos, sombras blancas se perdían en la ciudad maldita como ríos de claridad.

Y nómadas que venían del desierto, me traían un perfume salvaje y violento de amor libre y animal bajo los cielos implacables.

Triste, irremediablemente triste, la hebrea se sentaba sobre una roca, y sus ojos perseguían á la quimera sobre los flancos fugitivos de las nubes.

Así permanecía hasta que tornábamos á la ciudad, siguiendo los senderos palpitantes de aromas.

Jerusalén la dominaba como un castigo y como un fantasma.

Jerusalén era para ella, los padres hoscos y maldicientes, las doncellas de anchas trenzas que la acompañaban á las fiestas del sábado, y que ahora huirían de la pecadora como de una leprosa, los hijos de Israel que la señalarían con el dedo y que la perseguirían con sus maldiciones en todos los caminos.

En sus labios, que antes eran expresivos como un beso, se crispaba ahora una angustia cruelísima.

Y sus ojos me miraban con una súplica silenciosa, una súplica desgarradora y tímida, en la que ya se presentía el abandono, el desamparo de Dios y de los hombres y el dolor vivo en llagas, arrastrado por todos los caminos.

Criatura de ensueño, de extenuación y de gracia...

¿Cómo podría amarla mi alma tempestuosa, quemada por las pupilas de los dioses y ensangrentada por todas las fieras del instinto?

¡Sueños buenos, en que nuestras vidas son alas y las caricias tienen una gracia divina!

El bien de la dulzura y del amor suave es para mí lo imposible.

Mi alma es el arcángel maldito, eternamente cruel entre las llamas del infierno.

El destino tiene signadas nuestras vidas, y él nos conducirá hasta los umbrales de la muerte.

En el valle, había un jardín de cipreses, cuya contemplación daba á mi espíritu una serenidad religiosa.

Monjes siriacos lo habitaban, y de cuando en cuando pasaban lentas sus blancas figuras.

Desde el monasterio á la ciudad, se extendía un camino construído por el César Vespariano, y al sol brillaban casi metálicas las anchas losas romanas.

Todo aquel paraje era un encanto de inmovilidad, de sol y de silencio.

Las piedras, las raras flores, parecían momificadas por los siglos, viviendo ya la vida divina de la eternidad.

Todo era sonoro en torno nuestro.

La voz de un pastor apacentando las gacelas de Jericó, el rodar de una piedra desde la cumbre, nuestras almas que parecían tender alas vibrantes al espacio.

A veces surgían en el horizonte los negros conos de una caravana de camellos.

Y mi espíritu tornaba á sentir el ansia frenética del misterio, de la tierra impenetrable del Moab que guarda el secreto de la diosa en el silencio de oro de sus arenas.

Venía de las remotas montañas de la Arabia como un aliento de amor salvaje.

Y entonces mi espíritu se alejaba de la hebrea, suave y pensativa, para amar quiméricamente á la diosa que es virgen y madre, mujer y efebo, dulce y cruel, la que lleva en sus labios el enigma del amor y de la muerte.

Todo en la vida va muriendo, y los divinos momentos de amor nunca más se repetirán.

En aquellos instantes, yo no sabía si mi alma agonizaba ó renacía á una nueva vida.

Y esperaba, esperaba siempre lo que nunca llega, lo que quizá jamás ha de llegar.

Por las calles pobladas de turcos lentos, de nó-madas de perfil acerbo, de mujeres de caras de ídolos, tornábamos á nuestra casa perfumada de sándalos de la India, de nardos y de benjuí.

Después de la cena frugal y fragante como la de Cristo y sus discípulos, subíamos á la azotea.

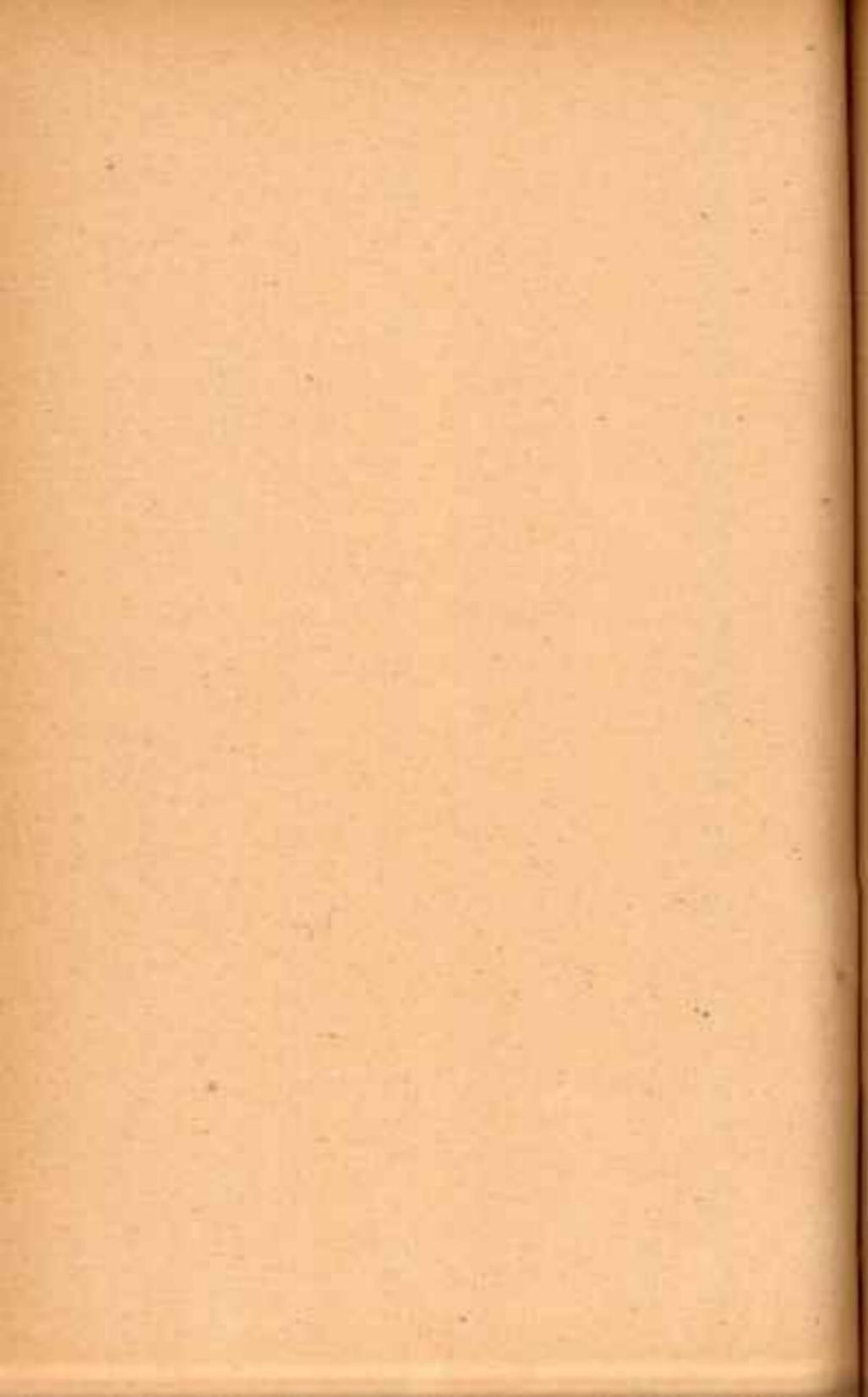
En la noche de zafiro, todavía temblaban ráfagas de luz.

Nos besábamos bajo la luna, y en su boca yo gustaba una humedad salobre, en la que había penetrantes olores de algas y de podredumbre.

Toda la ciudad, bajo la luna, tenía suaves entonaciones de perla.

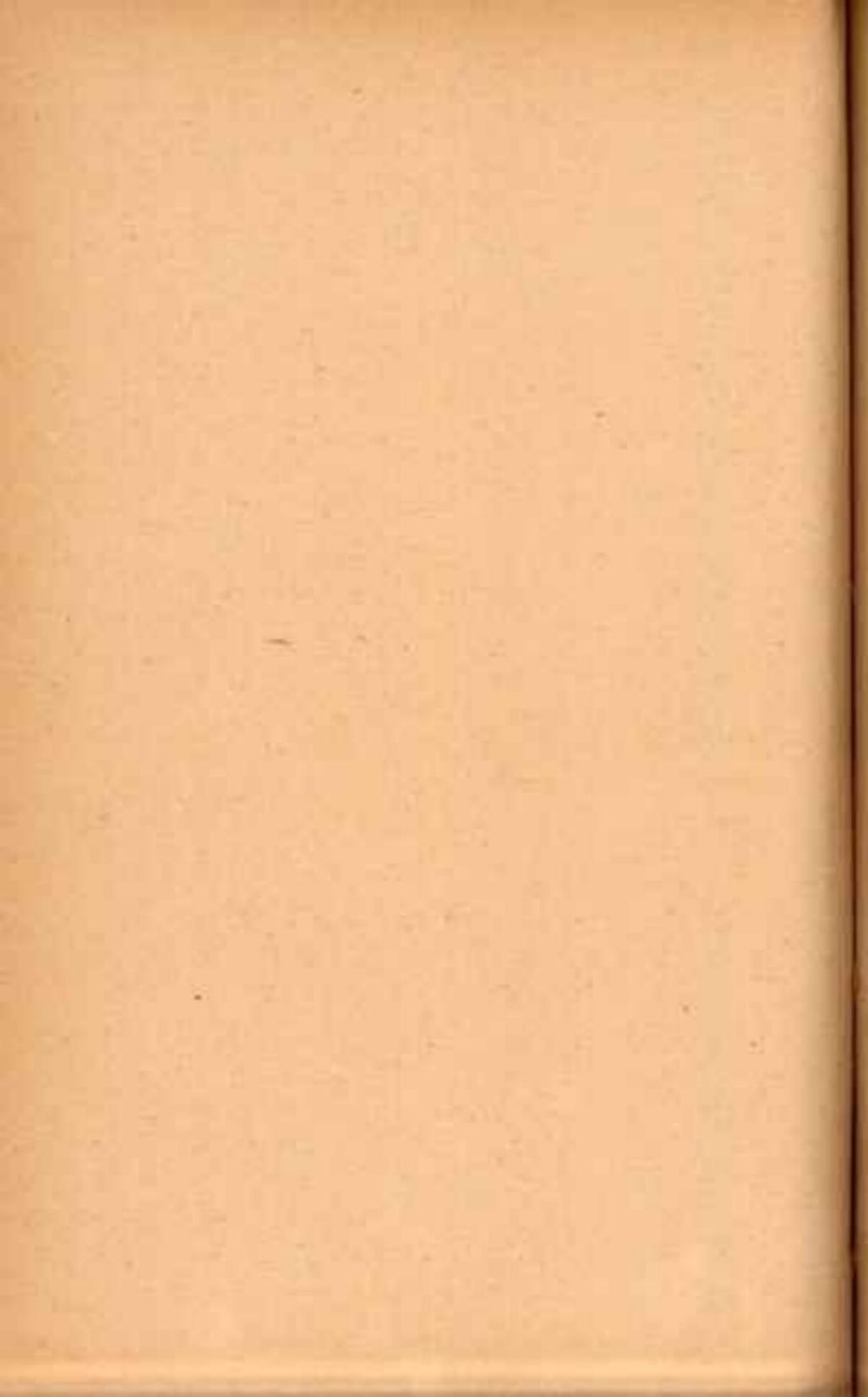
Sobre una alfombra dorada, rica como una estofa bizantina, contemplábamos unidos el cielo palpitante, sintiendo penetrar todo el azul en el fondo de nuestras pupilas.

De la ciudad maldita, ascendían los dos divinos perfumes de la lujuria y de la muerte, alma de la ciudad y alma de la vida.



CAPÍTULO XI

EN LA TIERRA DE BOOZ



Ruth había quedado en Jerusalén.

Fué en la tierra de Booz, dulce y febril.

Buscando una antigua tradición semita, yo recorrí los campos é interrogué á las gentes.

Nada sabían del pasado aquellos belemitas de manos diestras y ojos pensativos, que con el nácar, el coral y las ágatas fabrican todos los amuletos de la Palestina.

Bebí agua fresca y clarísima de una cisterna armoniosa situada junto al sepulcro de Rachel.

Y gozoso por mi libertad, por sentirme de nuevo nómada y solo, me embriagué con el calor de los campos y con la luz de los cielos.

Efrata, brillaba con una transparencia relampagueante y líquida.

La curva palpitante de Hebrón, evocaba una imagen monstruosa y carnal.

Jardines de cipreses y de granados, tendían al
aire sus melodías laudas de primavera.

Gaza, lejos, fulgía como un sol.

Ascalón se tendía hacia el mar terso y azul.

A la hora del sol, me senté en la era de Ruth la
Moabita.

Ardía aquella tierra como una piel viva y calen-
turienta.

Una vida centuplicada animaba mis miembros
y excitaba mi sangre.

Llameaban mis ojos, y en mi boca áspera y seca,
sentía un acre aliento de podredumbre y de ardor.

Un sopor profundo desvanecía mis pensamien-
tos, y todas las cosas adquirirían para mí quiméri-
cos relieves.

Me sentía vivir al sol como una planta de hojas
mórbidas y carnales.

Con un son bárbaro de amuletos y de ajorcas
de plata, surgió ante mí una criatura morena, sal-
vaje y violenta.

Era una adolescente belemita, de las que se ofre-
cen á los peregrinos en las noches estrelladas.

Un roto kaftán púrpura la envolvía, y sobre la
seda pasada saltaban sus pechos breves, de color
de dátiles.

Tenía los ojos calientes y bestiales, la faz de ídolo y la cabellera ancha y crepitante.

De toda ella se desprendía un olor de campo, de pubertad y de fiera.

Le dí unas monedas.

Reía descubriendo sus dientes animales, y se ofreció dócil.

Sobre la era que olía á sol fué² mía, y en sus ojos vi como dos llamas.

Cuando se alejó sonando sus ajorcas y ondulando sus caderas flexibles de gacela, yo recordé á Ruth la Moabita, la de ojos dorados como el desierto y pechos de cobre como el color del Yemen.

Las cumbres del Moab se elevaban hacia el cielo como el humo azul de los incensarios.

Y de nuevo la atracción del desierto, de la Arabia inmóvil y misteriosa bajo las pupilas de Istar, excitó en mí el ansia de desgarrar lo desconocido, de perderme errante y puro en la tierra eterna que guarda bajo el sol el secreto de la vida y de la muerte.

CAPÍTULO XII
DÍAS DE TRISTEZA



Después de desenterrar todo el día piedras milenarias cubiertas de tierra y de inscripciones hebraicas y asirias, tornaba á la casa por las calles árabes clamorosas y oscuras.

Viejos mendigos de tostadas carnes de profeta, paseaban agitando sus rosarios y murmurando oraciones delirantes.

Niños de color de ambar, salían de las escuelas recitando versículos coránicos.

Mujeres turcas envueltas en velos negros, me miraban con pupilas de ansia y de misterio.

Las calles estaban ornadas de arcos y llenas de desesperación y de silencio.

El crepúsculo me traía una tristeza huraña de desconsuelo, de soledad y de fatalismo.

Tras la celosía de un ajimez, vi relucir unos ojos negros y calenturientos.

Desde una ventana, una mano como de muerta, arrojó un paño manchado de sangre, sangre de superstición y de sacrificio.

Rostros de ahorcados, de alucinación, de sueño de opio, se entreveían inmóviles en el fondo de los nichos de los mercaderes.

Inquietantes sombras moradas avanzaban por las calles.

En el fondo de los cafés iluminados por antiguas luces de aceite, se oía el borbotear del agua en las pipas de cristal.

La ciudad miserable y divina, parecía estremecerse torturada por un dolor infinito.

Ruth me esperaba en los umbrales de la casa, atento el gesto y en los ojos toda la pena de la noche.

Nuestra casa sólo habitada por la tristeza silenciosa de Ruth, y por el rumor de las aguas en la fuente de piedra, se animaba un instante, y las encendidas lámparas de cobre fulgían bellamente en las vastas salas colmadas de tapices.

Ruth me tendía sus brazos y su cabellera, y un nuevo amor lleno de tristeza y de tedio florecía en nuestras noches.

Un día cálido y perturbador como el aroma de

unos pechos jóvenes, la hebrea y yo visitamos el jardín de Salomón.

Aquel paraje pomposo y fragante, en que el rey de los reyes amó á todas las hijas de Jerusalén, tenía una fresca luz triunfal y armoniosa.

Descansamos bajo los limoneros en flor.

El aire dulce como el jugo de las palmeras, nos producía un divino desmayo.

Una plena claridad verde nos envolvía.

Ruth inclinó su cabeza sobre mi pecho, y me tendió sus labios hinchados como una granada llena.

Los limoneros deshojaron sus flores sobre sus cabellos, y la tarde fué melodiosa en su cuerpo vibrante de juventud.

Unos días, el amor tornó á lucir en nuestra casa, como una lámpara encendida.

Pasó aquella tristeza llena de tedio y de presentimiento, y de nuevo corrió la alegría por nuestras almas con ímpetus de tigre enamorado.

En las noches estrelladas, desde nuestro ajimez dorado, contemplábamos Jerusalén.

Envuelta en azul de luna, la ciudad se alzaba sobre su cumbre, hermética y fría.

Las cúpulas de la mezquita de Omar, constela-

das de azulejos, brillaban con bizantina gracia suntuosa.

Altos cipreses negros rodeaban á las sinagogas de Judá.

Ancha y fuerte, se erguía la torre desde la cual David amó á Betsabé, desnuda en el baño.

Las blancas azoteas se poblaban de sombras blancas.

Venían ráfagas calientes, palpitantes del perfume de los jardines.

Rumores opacos cruzaban el silencio animado.

En la noche milagrosa, parecía vivir una inmaterial luz de misterio.

Muy cerca de nosotros, un beso largo y devorador estremeció el silencio, y se oyó un metálico son de ajorcas y un angustioso jadear sollozante.

Y sobre el tapiz torné á amar á la hebrea, y en ella todo el Oriente feroz y lánguido, maravilloso y desgarrador.

Las montañas de Moab, ondulaban lejos como los velos de Istar.

Algunas tardes, en que el cielo de Jerusalén tenía suavidades de porcelana persa, yo recorría el barrio armenio de los popes y de los iconos ambiguos y perturbadores.



Cirios amarillos, nimbados de oro, brillaban en los templos.

Había perfumes de mirra y de mujer.

Sacerdotes de largos cabellos, vestidos con estofas bordadas, pasaban lentos, y sus pupilas de turbador androginismo, miraban con dulce persistencia.

Rubios turiferarios, semejantes á niñas viciosas, se deslizaban entre las sombras fulgurantes y ligeros.

Y tenía para mí un encanto penetrante, aquel aire de Bajo Imperio, de Bizancio, perverso, decadente y fastuoso.

Vino la Pascua agitando todos los fanatismos de la ciudad maldita.

Clamaron los templos, humearon todos los incensarios; turbas miserables de peregrinos gritaron hasta enronquecer el Aleluya.

Una frenética alegría de campanas voló sobre Jerusalén.

Rabinos, talmudistas, doctores de la ley, llevaban procesionalmente hacia las murallas los rollos de la Thora.

Judíos de cabellos azules y de largos ojos fosforescentes, conducían palmas y ramos pascuales.

Todo Jerusalén en fiesta pasaba cantando salmos.

Ruth se encerró en la cámara, y contemplando á Jerusalén lloró, con una trágica desesperación silenciosa.

Los salmos pascuales le sonaban á maldiciones, y todo el odio de Israel llenaba su pecho como una tempestad.

Cuando entré en la cámara á la media noche, la encontré arrodillada junto al ajimez.

Tenía los ojos cerrados, el rostro de muerta, y los cabellos le caían sobre la espalda como un manto de dolor.

CAPÍTULO XIII

LA CRIATURA SEMEJANTE Á LA DIOSA



Todos mis pensamientos, violentos como perfumes bajo el sol, iban hacia la Arabia impenetrable, hacia la Arabia de las diosas negras y de los altares ensangrentados, hacia la tierra que aún ama á la diosa y celebra fiestas de sangre y de calentura.

Algunas noches iba al barrio árabe, en donde se detenían las caravanas del Moab.

Hombres adustos, de hosco perfil de águila, envueltos en mantos negros, ejecutaban danzas guerreras.

Y mujeres inmóviles, ornadas de amuletos, llevaban el ritmo con el son de sus ajorcas y con el golpear lento de las panderetas.

Una noche única, llena de claridad de perlas, de aromas hechizados, ella se me ofreció.

Las sombras cruzaban las calles, semejantes á velos de plata.

Jerusalén tenía la luz de un ópalo, maldito y fosforescente.

La luna, diosa de las tribus, de las fieras y de los amores, penetraban en mi alma, y su claridad me abría las puertas silenciosas de lo desconocido.

Entre las danzas bárbaras, el llamear de las armas y de las luces y el violento flamear de los tapices ensangrentados y extraños como delirios, ella se me ofreció toda enigma, fascinación y lejanía.

Su presencia tenía algo de trágico, como el anuncio de la desgracia.

Inmóvil en un rincón, contemplaba las danzas.

Las ajorcas en sus brazos brillaban como serpientes vivas.

Su manto era como un estandarte de mezquita, bárbaro, maravilloso y fulgurante.

Toda su cara, del color del sol, era inmutable.

Y cuando levantaba los párpados, parecía que abría sus alas un nervioso pájaro negro.

Sobre el tapiz de Damasco, bailaba una virgen del desierto, de cara redonda como la luna y como los discos de cobre que adornan los pechos de las beduínas.

El olor de aquellas carnes morenas, de los ci-

rios, de los perfumes salvajes, me enloquecía como un veneno.

En impetuosas olas sonoras, entraba la noche por los ajimeces, constelada de todos los fulgores.

Y la danza era la tragedia viva de un cuerpo divino y ferozmente atormentado.

Ella batía palmas.

Y al mover las manos, las puntas de sus dedos, pintados de henne, se transformaban en garras ensangrentadas.

Aquella carne de oro y de tierra tenía un ardor febril de flagelación.

Bajo los párpados lívidos, en su mirada más que profunda, había una fatigadora expresión de lujuria y de tedio.

El destino me colocaba frente al amor, frente al misterio, frente á mi propio sueño.

Y mi frente se coronaba de relámpagos, del resplandor del amor, luz de infierno - y de divinidad.

Amado aquella criatura, yo amaba todo el Moab salvaje y dulce, misterioso y desgarrador.

A la media noche terminó la fiesta.

Las nómadas se refugiaron en sus tiendas listadas de rojo.

Yo seguí á aquella mujer, fatalmente, como al destino.

Anduvimos en la noche silenciosos y estremecidos.

Venían aromas del desierto, acres y perturbadores como el olor de la calentura.

Aullaban chacales como mujeres heridas de placer.

El aire tenía la densidad de un aliento.

El negro manto se arrastraba tras ella como la noche.

Bajo la luna, sus ojos brillaban semejantes á estrellas.

Y toda ella fulgía impenetrable, ambigua, fosforescente, como la diosa de su patria.

Brillaban sus dientes con una luz que producía miedo, y sus ojos eran como la muerte.

Toda mi vida renacía como una llama agitada por vientos de tempestad.

Aquella criatura me daría el fruto dulce y venenoso que contiene la medula de la vida y el secreto de la muerte.

Relucían al andar los zequíes de su frente, y su cabellera brillaba con un fulgurar rápido y metálico.

Lejos de Jerusalén, junto al campo de los lepro-
sos, nos detuvimos.

Mis ojos la gozaban tan profundamente como si
todo yo penetrara en ella.

A ambos lados de su cara, se tendían sus cabe-
llos como dos alas.

Llenos de luna, me miraban sus ojos inmóviles
como los de una muerta, como los de la diosa,
como los de la locura.

Con el contacto de aquella mujer, ardía mi san-
gre como si en ella hubiera penetrado el sol.

Se me ofreció adormecida y silenciosa, como
una serpiente en la obscuridad del templo,

Bajo su piel morena, poseía el estremecimiento
de todos los amores.

Y su sonrisa de enigma era como la noche, en
la cual quizá se ocultaba la hiena.

Antes de amarla, tembló toda mi carne, encres-
pada como la melena de un león.

La voluptuosidad y la sangre, son dos horribles
y divinos placeres que siempre me hacen pali-
decer.

Y yo acariciaba en mi alma aquel amor, lenta
y cruelmente, como si acariciara la hoja de un
puñal.

Besé larga y ávidamente su boca, fría como la piel de un reptil.

Su cara era horrible y bella, porque estaba animada de un soplo divino.

La abrazaron mis brazos, un instante titánicos, y ella permaneció inmóvil.

Diríase que abrazaba á una muerta ó á la diosa de basalto.

Sus ojos parecían fuera de la vida.

Eran semejantes á dos magas sacerdotisas que esperaran á su dios.

Sobre su desnudez morena, el triángulo de la diosa, negro y áspero, tenía un feroz encanto violento y salvaje.

Aquella mujer era la horrible tentación, la criatura alucinadora, impúdica y maldita, execrada por los profetas, la eternamente devoradora y la eternamente insaciable.

Era el Moab primitivo, feroz, idólatra.

Era el desierto con sus templos comidos de sol, en los que oscuros altares de piedra aún guardan en sus huecos la sangre de los amantes sacrificados á la diosa.

Era la Arabia larga, arcana, desgarradora, que

hace delirar el espíritu y que mata el cuerpo de amor, de sol y de infinito.

Era la diosa eternamente viva, la que lleva en sus entrañas el secreto del amor más que humano.

Era la diosa, la quimera, la luna, y sobre todo era la pasión.

Sobre aquella tierra que había recogido el dolor sagrado de los leprosos, llegamos á placeres tan inauditos que mi carne se erizó de miedo.

Moria el amor, y renacía el amor con una angustia y con un goce desgarradores.

Mordiendo aquella carne, yo hubiera querido absorber gota á gota toda su vida feroz.

Una felicidad hecha de luces divinas resplandecía en mi pensamiento.

El Oriente era mío, y el secreto de la diosa escondido bajo el sol del desierto.

Con aquella criatura de fatalidad, de hechizo, de fascinación antigua é inmortal, yo viviría la vida de los hombres que engendraron á los dioses, á la voz augur de las estrellas.

Mi amor hacia la criatura sin nombre que era semejante á Istar, traspasó todos los límites del amor.

Nuestras caricias eran tales, que me creía más allá de la vida.

Amar infinitamente hasta la muerte, hasta más allá de la muerte...

En el espasmo, del blanco de sus ojos y del blanco de sus dientes, surgieron luces fosfóricas.

Se iluminó su rostro con trágicos resplandores.

El cabello se adhirió á sus sienes como si estuviera húmedo de un sudor de agonía.

Amanecía sobre las cumbres del Moab.

Ella gritó como una fiera agonizante.

Y toda la tierra pareció vibrar con un estremecimiento de sus alas sonoras.

CAPÍTULO XIV
LO IRREMEDIABLE



Ruth me había esperado en los umbrales de nuestra casa.

Al amanecer la encontré rígida en la puerta, azul y fría la cara, tendidos los cabellos sobre las losas.

La envolví en el manto, y entre mis brazos la llevé á mi cámara.

En un candelabro de cobre se consumía una vela.

Los últimos perfumes ardían en las copas de bronce.

Y se desprendían las columnitas de humo como serpientes que se desenroscan.

Una luz lívida hacía vagar las cosas en un aire lejano de inexistencia.

Todo parecía impregnado de agua, de un agua ligera y suavemente verde como la que debe envolver los pálidos bosques de corales.

Cerré las puertas de cedro del ajimez, y encendí las velas del Candelabro de los Siete Brazos.

Y en nuestra estancia fué noche.

Una noche extraña, como de milagro.

Inmóvil sobre el lecho, bajo el manto negro, la hebrea era como una muerta.

Y las luces del candelabro parecían tener en la estancia silenciosa una oscura liturgia funeral.

Me senté junto al lecho.

La sombra de Ruth temblaba sobre la pared blanca.

Recogí mi espíritu en el silencio y serené mi carne aún encrespada y crepitante por las llamas de la noche.

La alucinación de la diosa me perseguía como una serpiente de fuego.

Y en mi alma despertaba Baal, aquel que de la muerte crea la omnipotencia sagrada de la vida.

¡Vivir la vida de los dioses, de los dioses crueles y absolutos que no conocen sino el amor, la sangre y la muerte!

Ruth despertó cuando el sol exaltaba frenéticamente á Jerusalén.

Fué su mirada la de una criatura, que de pronto

comprende toda la horrible soledad amarga del dolor.

Era su cara, más pálida que la agonía.

Se levantó del lecho y comenzó á trenzar sus cabellos lentamente.

No quise herir su dolor silencioso y callé.

Abrí las puertas del ajimez y toda la gloria de la luz penetró como una cabalgata de arcángeles.

Volaba una resonante alegría de campanas sobre Jerusalén.

Y blancos cortejos de palomas enguirnaldaban las cúpulas de la mezquita de Omar, las rotas piedras de la torre de David.

Una piedad llena de angustia y de ternura, me inclinaba sobre la pobre niña dolorida.

— Ruth...

Mi voz la llamó suave, mis brazos se tendieron hacia ella como dos alas.

Envuelta en el manto negro, sin zequíes la frente, pálida la cara, muertos los ojos como dos carbones apagados, me dijo:

— Nunca más me verás. Me has traído la maldición y la desgracia y yo odio el polvo que tú pisas y el agua que tú bebes. Si las moabitas te dan la felicidad, que la maldición de Jehová caiga

sobre vosotros y que la lepra coma vuestros corazones.

Y como una sombra, la hebrea se desvaneció tras las rojas cortinas de Bagdad.

Salí tras ella.

La casa estaba desierta y resonaba como un sepulcro.

Salí á la calle, y lejos, en el camino de la ciudad, vi desaparecer su negro manto.

Un dolor vasto y bárbaro me inmovilizó.

Torné á la casa y la soledad cayó sobre mí como una montaña.

Era lo irremediable.

Nuestro amor había muerto, y el odio, el amor del infierno nos separaba fatalmente.

Una tristeza venenosa desgarró mi espíritu y mis entrañas, que habían latido con su sangre.

Cerré la estancia en la que aún quedaba el olor de su carne y de sus cabellos y me refugié en mi sala árabe, colmada de ídolos, de armas y de tapices.

Cuando el crepúsculo dominó á la ciudad, la fascinación de la moabita volvió á encenderme como una antorcha.

En el silencio del desierto, me esperaba la cria-

tura sin nombre que me había dado su amor de divinidad y de fiera.

Eran las fiestas de Bairam.

Y por la ciudad pasaba como un soplo de amor y de calentura.

Yo la recordé con su velo azul, con su estrella de oro en la frente y con sus ojos abiertos sobre todas las cosas.

De las azoteas, llenas de noche, venían gritos de amor.

Cuando la luna estuvo alta en el cielo, me envolví en mi manto árabe y salí de la ciudad.

Por las calles pasaban turbas clamorosas, cantando salmodias desgarradoras.

Luces rojas iluminaban las casas.

Tapices de sedas violentas colgaban de los ajimeces.

Y de todas partes caía agua de rosas.

En el barrio árabe, tomé un caballo de hoscas crines y partí hacia los campos negros y desiertos.

Un horrible plañir de leprosos me siguió desde las murallas, como un augurio de desgracia.

Una estrella cruzó los cielos.

Y mi alma se obscureció, como una tempestad que avanzara trágica hacia el desierto.



CAPÍTULO XV

LAS PUPILAS DEL MISTERIO



En la noche constelada de estrellas, todas las formas llenas de vehemencia, de éxtasis, de fervor, parecían tenderse á los cielos divinamente amorosos.

Mi caballo, como un huracán, galopó por la tierra de Sidima, muerta como después de un estrago.

Crucé montañas que tenían apariencias de templos quiméricos, escuché el sonar antiguo de los ríos de Arabia.

Atravesé bosques de cedros, poblados de hienas y de rumores de desconocido.

La noche me seguía como un tropel de sombras, y una estrella me guiaba.

Llegué á la tribu cuando era la media noche.

Até mi caballo al arco de una cisterna, y me deslicé entre las tiendas silenciosas.

La música de la noche sonaba en mi alma como un canto sacerdotal.

Bajo una de aquellas tiendas tejidas con pelo de camello, dormiría la diosa viva, la del cuerpo de cobre y los ojos inmortales, cuyo corazón es el corazón de Arabia, y cuyos labios tienen el gusto del desierto.

Quise esperar al amanecer para verla y salí de entre las tiendas.

En un ancho círculo ardían los últimos restos de una hoguera.

Desde una tienda entreabierta, vino á mí un aliento sollozante de amor ó de agonía.

Un antiguo templo casi en ruinas tendía al cielo su esqueleto monstruoso.

Y la luna le enviaba una claridad azul de evocación.

Quizá en su altar ennegrecido por la sangre de los sacrificios, se alzara todavía la imagen de As-tarté, madre de la vida, la que es mujer y efebo, dulce y cruel, pura y ambigua...

Subí las gradas y penetré en el propileo.

La luna, semejante á la faz de la diosa, resplandecía maravillosa y eterna.

Las sombras palpitaban en el templo como divinidades misteriosas.

Cuando avanzaba hacia el ara, un espectro negro surgió entre las columnas y cayó sobre mí.

Saqué rápidamente mi puñal, pero el puñal se escapó de mis manos y caí.

Unos brazos titánicos me levantaron y me sacaron del templo para dejarme sobre el desierto, caliente como una piel humana.

Cuando desperté, yo sentía en mi boca el gustor pulposo de la sangre, y en mi espíritu ardía el delirio.

Me quemaba como un ascua la herida de mi pecho, y surgía la sangre tibia, ligera, íncesante, hasta empapar mis vestiduras y mojar la tierra.

Sentía la muerte como el bogar silencioso por un mar lento y negro.

Morir...

En el incendio de la calentura, vi repentinamente abrirse sobre mis ojos unos ojos grandes, horribles, inmóviles, que fosforecían como esmeraldas embrujadas.

Cerré mis pupilas.

Y sentí correr por mi alma un frío inmortal y sagrado.

¿Fueron los ojos de la criatura del desierto, ó fueron las divinas pupilas malditas de Istar?

CAPITULO XVI

FINAL

Un día, envuelto en mi negro manto árabe partí hacia las tierras del Mogreb.

El paisaje era triste, ardiente y sin esperanza.

Mi espíritu, que ya no era sino un águila ensangrentada y ciega, se hundía en un abismo sin término.

Mis músculos, que siempre han tenido electricidades felinas en el deseo, se curvaban fatigados como fieras enfermas.

Relámpagos, siempre relámpagos en las soledades de mi espíritu y en torno de mi vida.

Una tristeza más que humana, tristeza de fatalidad, de imposible, de maldición, de eternidad, envenenaba mortalmente mi alma.

La gran verdad de la vida no existe sino en el dolor.

A mitad de jornada, me detuve.

Jerusalén estaba lejos, y mi soledad era absoluta en la soledad del desierto.

La tierra parecía contraída de pasión bajo el cielo ensangrentado.

Y una caravana de Moabitas cruzó en el crepúsculo en un lento cortejo de polvo y de misterio.

Quizá entre aquellas gentes fabulosas, pasó ante mis ojos por última vez, aquella divina criatura fugitiva, ambigua y cruel como la vida, como el amor y como la muerte...

En Tánger, en el mes de Xabán.

INDICE

	<u>Páginas.</u>
Dedicatoria.....	5
Isaac Muñoz.....	9
Capítulo I. — La Santa Jerusalén.....	15
Cap. II. — Ruth, la hebrea.....	31
Cap. III. — La sombra del Rabbi.....	47
Cap. IV. — Rincón de rosas.....	59
Cap. V. — El lago de silencio.....	71
Cap. VI. — El hechizo de Siria.....	81
Cap. VII. — El mito de amor.....	89
Cap. VIII. — El triángulo de la diosa.....	97
Cap. IX. — La última noche.....	105
Cap. X. — La ciudad maldita.....	115
Cap. XI. — En la tierra de Booz.....	127
Cap. XII. — Días de tristeza.....	133
Cap. XIII.—La criatura semejante á la Diosa	141
Cap. XIV. — Lo irremediable.....	151
Cap. XV. — Las pupilas del misterio.....	159
Cap. XVI. — Final.....	165



ACABÓSE
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EL IV DE JUNIO DEL AÑO MCMXII
EN LA IMPRENTA HELÉNICA,
PASAJE DE LA ALHAMBRA,
NÚMERO 3,
MADRID